

“RED DE CONOCIMIENTOS CAMPESINOS: HILOS DE SABERES, EXPERIENCIAS
Y TENSIONES EN LA ZONA BANANERA”

Monografía de grado

Universidad del Rosario

Escuela de Ciencias Humanas

Programa de Antropología

Director de monografía: Diana Bocarejo Suescún

Presentado por:

Laura Angélica Sánchez Alayón

Semestre I de 2016

Bogotá, Colombia

Tabla de contenido

AGRADECIMIENTOS.....	3
INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO 1	
CHOQUES DE PODERES QUE CONSTRUYEN CONOCIMIENTOS.....	15
1. ¿Para qué recordar al INCORA y la Caja Agraria?.....	16
- <i>Punto de confluencia #1: procesos de asignación de tierra por parte del INCORA.....</i>	<i>17</i>
- <i>Punto de confluencia #2: disputas y relatos sobre relaciones bancarias.....</i>	<i>23</i>
2. Núcleos de control en el uso y manejo de recursos campesinos.....	28
- <i>Punto de confluencia #3: intervenciones educativas en los parceleros.....</i>	<i>29</i>
- <i>Punto de confluencia #4: relaciones comerciales entre parceleros y empresas..</i>	<i>36</i>
- <i>Punto de confluencia #5: críticas y resistencias campesinas a proyectos de instituciones estatales</i>	<i>44</i>
CAPÍTULO 2	
“ESTO LO LLEVA UNO EN EL ALMA”: conocimiento campesino, trabajo en la tierra y valoraciones a los recursos naturales.....	51
1. Prácticas iniciales de trabajo en la tierra: reproducción de saberes, recuerdos y relaciones con los recursos.....	53
2. Prácticas de cuidado de recursos: retribución de beneficios a la tierra.....	58
3. “Todo el que va llegando, uno les va regalando”: beneficios a la tierra y a la gente...63	
4. Arraigo, sentidos de pertenencia y tenencia de la tierra.....	70
CONCLUSIÓN.....	79
BIBLIOGRAFÍA.....	83

Índice de imágenes

Imagen 1: Campesino zonero observando cómo quedaron sembrados los palos de yuca...51	
Imagen 2: Parcelero en Macondo revisando el racimo de banano.....	58

AGRADECIMIENTOS

En primera medida quiero agradecer a mi padre, mi madre y mi hermana, por ser un apoyo incondicional en cada uno de los momentos de este proceso de estudiar antropología. Compartir con mi familia las múltiples experiencias y aprendizajes hace que esta tesis sea producto de su dedicación, interés y cariño constante.

También quiero agradecer a Diana por sus enseñanzas, orientaciones y sugerencias durante estos dos años de trabajo de grado. Ella ha sido una docente excepcional, a quien admiro y respeto por las innumerables labores que realiza a diario.

Es imprescindible en estas líneas mencionar a todas aquellas personas con quienes conviví en la Zona Bananera e hicieron posible mi aprendizaje en campo, especialmente quiero mencionar a Ana Isabel Sierra y Clara Coronado, mujeres admirables que me brindaron su cariño, apoyo y cuidado. Los parceleros Shaio, Javier, Rodolfo, Estelio, Óscar, Manuel, Carmen, Gilberto, Armando, José Polo, José Espinosa, Beatriz, Julio, William, Alfonso, Yidis, Aida y Leimer, con quienes compartí conversaciones, aprendizajes y experiencias de campo y de vida, personas que me enseñaron a valorar cada una de las labores que realizan día a día. Los gaiteros Antonio, José Fernando, Hamer, Harly y Pitalúa, hombres que alegraron con sus cantos, música e historias mi estadía en la Zona Bananera

También quiero mencionar a Catalina, mujer que me ha acompañado en las diferentes etapas de aprendizaje que he tenido a lo largo de la vida. Su apoyo y presencia incondicional ha hecho amenos los caminos en los que hemos transitado.

En estos agradecimientos no puedo dejar pasar la oportunidad de reconocer la importancia que han tenido en mí personas como Nicolás, Fernanda, Andrés, José, Vicente, María, Hugo y Javier, con quienes he convivido en medio del mundo universitario, burocrático y competitivo, lo que nos ha enseñado a ser tolerantes, pacientes y a definir aquellos ideales que escogimos para nuestras vidas. Estar con ellos en este proceso me ha permitido conocer otras realidades, formas de vida y pensamientos, y todo ello me ha hecho mejor persona en estos últimos 6 años.

En este espacio también me es indispensable mencionar a la Red de Acción Antropológica porque gracias a personas como Iván, Ana María, Edilberto, Daniel, Sara, María Pierina,

Juan Felipe, Katherine, Luis Felipe, Juanita, Sofía, Enrique, María Alejandra, Maby y Lucía, he conocido múltiples visiones y sentimientos de lo que es hacer antropología. Con las fraternidades de estas personas he retomado y compartido ilusiones, posturas políticas, inconformidades y luchas, lo que me ha enseñado a conformar ideales y sueños colectivos.

Finalmente, quiero dedicar este trabajo a Antonio Sánchez y Beatriz Cortés, mis abuelos, quienes forjaron en mí el gusto, el cariño y las ilusiones por trabajar con la gente, cambiar en algo la vida en los territorios, intervenir en el mundo que pasa y no ser una simple observadora de realidades.

INTRODUCCIÓN

Roberto es un campesino de 68 años. Él nació en una casa construida en medio de una finca de inmensas plantaciones de banano, la cual estaba atravesada por varios canales que transportaban agua. Esta finca, llamada La Agustina, también tenía cuerdas de alambre que cruzaban el cultivo y transportaban los racimos hasta su entrada. Allí, pasaba un tren que recogía las cargas de aquella fruta y las llevaba hacia el mar, donde eran embarcadas hasta Norteamérica y Europa. Como La Agustina, en aquel lugar existían más de 50 fincas y miles de campesinos de la costa caribe trabajando en ellas. Todo este territorio se encontraba bajo el mando de la imponente empresa estadounidense United Fruit Company que, desde comienzos del siglo XX, estableció el norte del departamento del Magdalena como la región de la Zona Bananera. El papá de Roberto trabajaba en La Agustina y por eso él creció conviviendo con los gigantes monocultivos de banano, donde aprendió a abrir las compuertas de los canales de riego para inundar la tierra y regar las plantaciones, también a tomar los hijos de cada una de las plantas de banano y trasplantarlos para renovar el cultivo, y saber cuándo era el momento para cortar los racimos y que la fruta, al llegar a Europa, no estuviese podrida.

Hacia los años 60's la United Fruit Company dejó la Zona Bananera, no sin antes sembrar viveros de palma africana en la parte sur de la región. Este territorio en su mayoría fue tomado por empresas y terratenientes retomaron la producción bananera e impulsaron los monocultivos de palma africana, pero La Agustina fue una de las pocas fincas que parcelaron a campesinos agricultores. Allí, hacia los años 70's, Roberto recibió una parcela de 7 hectáreas por medio de las políticas de reforma agraria, donde docentes del Estado lo instruyeron para que sembrara algún monocultivo de exportación. Así, Roberto continuó con plantaciones bananeras vendiéndole a una empresa llamada Expocaribe, encargada de exportar la fruta a Norteamérica. Actualmente, Roberto tiene su finca sembrada con banano y en ella sus tres hijos han integrado conocimientos académicos para el manejo de esta fruta, puesto que adquirieron estudios agropecuarios en instituciones de educación superior del Caribe.

En todo este contexto, empresas, instituciones estatales e instituciones de educación superior, le han dicho a Roberto cómo sembrar, qué químicos usar en su tierra, cómo manejar

el agua y cada una de las plantas. Sin embargo, este campesino ha acumulado diversas experiencias, saberes y aprendizajes a lo largo de su vida en la región, relacionados con el trabajo en la tierra, los monocultivos de banano, los vínculos y acciones de empresarios en el territorio; y todo esto le ha permitido negociar aquellos controles sobre su parcela, pero también disputarlos y resistirlos.

Este lugar del Magdalena, de emporios bananeros y palmeros, distritos de riego estadounidenses, medios de transporte que sacan al mar producciones de exportación, empresas que controlan los recursos naturales y campesinos con muy poca tierra, comprende la Zona Bananera. Anteriormente era una región que cubría la parte norte del Magdalena, desde el municipio de Fundación hasta Ciénaga, pasando por Aracataca y Retén. Hoy en día Zona Bananera es un municipio que se independizó de Ciénaga desde la década del 2000. Allí hice mi trabajo de grado con campesinos que poseen parcelas, algunas adjudicadas por el Instituto Colombiano para la Reforma Agraria INCORA, y otras adquiridas por medio de posesión o compra a otros parceleros. Trabajé específicamente con agricultores, hombres en su gran mayoría y algunas mujeres que han logrado poseer tierra.

Al hacer mi trabajo de campo en Zona Bananera y conocer el contexto que describí en las líneas anteriores, me interesó indagar y analizar la manera en que las relaciones de los campesinos con la tierra, las semillas, las plantas y el agua, han estado mediadas por la convivencia de estas personas con empresas y terratenientes en el territorio. Para llevar a cabo aquel análisis, decidí utilizar las categorías de acceso a recursos y conocimiento campesino. Por acceso entenderé no solo el uso y control de los recursos, sino también la capacidad y posibilidad que tienen las personas de beneficiarse de estos (Ribot y Peluso 2003). Así, los beneficios que los recursos generan hacia los campesinos agricultores en Zona Bananera, además del dinero que reciben por la venta de las producciones en sus tierras, comprenden aspectos como aprender de la tierra día a día, ver crecer las plantas, sentir que los cultivos viven, comer de los alimentos que producen las parcelas y regalar a familiares y amigos. Con respecto al conocimiento, retomaré una definición realizada por Boaventura de Sousa Santos, quien afirma que los conocimientos son prácticas de saberes que posibilitan o limitan intervenciones en los contextos que nos rodean, tanto naturales como sociales (De Sousa Santos 2010). Teniendo esto en cuenta, quiero mostrar cómo el conocimiento

campesino sobre el trabajo en la tierra le permite a los parceleros usar cada uno de los recursos con los que trabaja, orientar el beneficio de que estos generan y construir beneficios propios. Sin embargo, la convivencia que han tenido los campesinos en Zona Bananera con empresas, terratenientes e instituciones estatales, ha hecho que este conocimiento se construya desde múltiples actores e intereses sobre los recursos en el territorio. Así, el problema general que quiero desarrollar en mi tesis consiste en cómo el conocimiento campesino sobre el trabajo en la tierra se convierte en una herramienta de acceso a recursos en dicho territorio, puesto que ha permitido orientar, dirigir y controlar sus usos y beneficios, tanto para los campesinos como para los actores que conviven con ellos en la Zona Bananera.

El conocimiento campesino relacionado con el trabajo en la tierra se ha pensado como un cúmulo de saberes tradicionales que las personas han aprendido por medio de sus padres y abuelos, y lo han reproducido en prácticas sobre la tierra. Sin embargo, en el trabajo que he realizado con campesinos en la Zona Bananera he podido detallar que aquel conocimiento campesino es una red de múltiples saberes que se tejen desde diferentes personas, instituciones estatales, empresas y relaciones construidas entre parceleros y territorio. Adicionalmente, este conocimiento es la herramienta que permite decidir qué se hace en la tierra, cómo se manejan los cultivos, hacia dónde se dirigen las producciones y qué implementos se utilizan en ellas. Así, este se convierte en un mecanismo de acceso a recursos naturales y económicos por parte de campesinos, pero también de aquellos actores que construyen e instruyen sus saberes.

Para desarrollar este argumento general he construido dos capítulos que desglosan puntos importantes para desarrollar la relación entre conocimiento campesino y acceso a recursos. El primero de ellos hace referencia a que las relaciones de los campesinos con empresas, instituciones estatales y bancos no han sido constantes ni estáticas, sino que han confluído en momentos específicos. Aquellas confluencias de relaciones y actores se han presentado en momentos como: [1] la asignación de tierras por parte del INCORA, donde funcionarios estatales llegaron a la región a instruir a los campesinos sobre cómo usar las tierras, al tiempo que se generaron vínculos entre parceleros y empresas; [2] la creación de préstamos y deudas bancarias con la Caja Agraria y el Banco Agrario, entidades que han condicionado el uso del dinero y de las producciones campesinas; [3] la presencia de docentes

del Servicio Nacional de Aprendizaje SENA que han enseñado a los parceleros cómo usar la tierra y las semillas que poseen; [4] la creación e implantación de condicionamientos empresariales sobre las parcelas, para regular y controlar las producciones campesinas; y [5] la ejecución de proyectos políticos en Colombia orientados al campesinado, los cuales han llegado a la Zona Bananera ofreciendo plántulas y semillas, con el argumento de querer contribuir a la mejoría de la economía campesina. En todos estos momentos, para los cuales he creado un concepto analítico que denominaré *puntos de confluencia*, el conocimiento de los parceleros sobre el manejo de la tierra y los recursos que se encuentran allí, ha sido intervenido por los actores mencionados para controlar las parcelas campesinas. Sin embargo, este conocimiento se ha tejido desde múltiples experiencias, enseñanzas y relaciones con el territorio, por lo cual aquellas intervenciones son aceptadas, negociadas y disputadas.

En el primer capítulo retomaré el concepto de prácticas de control, enmarcado en discusiones de la ecología política, desarrollado por la autora Haripriya Rangan. Ella expone que las prácticas de control comprenden un proceso de acciones que buscan guiar, direccionar o regular el uso y manejo de los recursos en diversos grados. Esta autora enmarcó este concepto en las discusiones sobre propiedad de la tierra, cuestionando cómo esta propiedad se ha usado para restringir y excluir ciertas maneras en que las personas pueden acceder a los recursos (Rangan 1997). En el caso puntal de mi primer capítulo, no me interesa abordar aquellas discusiones sobre propiedad de la tierra. Sin embargo, usaré aquel concepto de prácticas de control para analizar la manera en que instituciones estatales, empresas y bancos intervienen en el conocimiento campesino para guiar, direccionar y regular el uso y manejo de la tierra, el agua, las semillas, los cultivos, los químicos y el dinero. Asimismo, los campesinos, por medio de su conocimiento, también realizan prácticas de control sobre el territorio y se enfrentan o negocian aquellas relaciones con entidades estatales y empresariales.

Con respecto al segundo capítulo, quiero analizar cómo todos aquellos saberes que tejen el conocimiento campesino en Zona Bananera, toman forma, se producen y reproducen en el trabajo en la tierra. Así, el conocimiento campesino se representa en las prácticas cotidianas de los parceleros con el agua, el suelo, las plantas, las semillas, el manejo de herramientas y

químicos. Esto ha construido múltiples valoraciones hacia las parcelas, asociadas a la importancia del trabajo campesino para el cuidado de recursos, historias y creencias sobre el manejo de cada cultivo, y el arraigo a la Zona Bananera por las relaciones cotidianas entre campesinos-recursos. Es decir, toda la red de conocimientos campesinos, por medio del trabajo que lo representa, construye las valoraciones de los parceleros hacia sus tierras. Este es su mayor beneficio.

Para el segundo capítulo utilizaré conceptos abordados desde los estudios culturales y la antropología económica. En primer lugar retomaré el concepto de Stuart Hall sobre representación, el cual contempla que la representación es la producción de sentido por medio del lenguaje. Hall aborda este concepto para explicar cómo se conforman los sistemas de representación que construyen los grupos sociales sobre el mundo (Hall 2010). Sin embargo, mi interés no consiste en abordar los sistemas de representación que los campesinos han construido sobre el mundo. Lo utilizaré para entender y analizar la forma en que las prácticas en la tierra y los relatos sobre estas constituyen un lenguaje mediante el cual los campesinos expresan su conocimiento en torno al manejo de recursos naturales.

Adicionalmente, utilizaré el concepto de valor expuesto por David Graeber, autor que expone que el valor consiste en una articulación de historias, herencias, objetos que acumulan usos, apropiaciones y producciones. También llevan en sí relaciones sociales que se producen y reproducen alrededor de aquello que se valora. Además, toda esta articulación construye la importancia y los significados de aquellos objetos. Así, Graeber debate todos los estudios anteriores que se han escrito sobre el valor, considerando que este concepto no puede entenderse solo desde la materialidad específica de los objetos ni los valores monetarios que constituyen. Tampoco funciona si solo se comprende desde las relaciones que se tejen en torno a los objetos (Graeber 2001). Mi interés en abordar este concepto no estará encaminado a debatir los estudios anteriores sobre las teorías del valor, corresponde a entender cómo las personas en Zona Bananera se han apropiado de los recursos en sus parcelas. El agua, la tierra y las plantas se han convertido en parte inseparable de sus vidas y contemplan una gran importancia para su quehacer cotidiano como campesinos. Además, el conocimiento sobre su manejo ha implicado múltiples relaciones que se plasman en cada una de sus parcelas. Y todo esto ha generado que, a pesar de las intervenciones que han realizado instituciones

estatales y empresariales, las personas posean un fuerte arraigo hacia el territorio y no quieran salir de él.

Para comentar cómo desarrollé mi investigación, donde indagué sobre la manera en que los campesinos construyen su conocimiento y lo plasman en sus labores en la tierra, es indispensable detallar el trabajo etnográfico que hice en Zona Bananera. Por medio de este, compartí con los parceleros en sus lugares de trabajo, aprendí de sus conversaciones, relatos, anécdotas e historias. Conviví con ellos en este territorio y estuve en varias de sus actividades cotidianas realizando recorridos por las tierras, caminando en medio de los cultivos bananeros y aceiteros. Me enseñaron a sembrar varias producciones. Aprendí los diferentes usos del agua, la tierra, los cultivos y las infraestructuras locales. Compartieron conmigo sus espacios familiares, laborales y personales. Todo esto me permitió comprender las prácticas y discursos locales en las que los campesinos tejen y expresan sus saberes, aprendizajes, enseñanzas, resistencias y disputas en torno a los recursos naturales y económicos.

En medio de este trabajo etnográfico, realicé entrevistas semi-estructuradas a campesinos, las cuales me permitieron ahondar en los relatos e historias locales sobre la época de la United Fruit Company, los procesos de parcelación en el territorio, la descripción de los funcionarios del INCORA y la Caja Agraria (cómo fue la presencia de estos actores en el territorio, de dónde provenían, qué realizaron allí, cuáles tienen mayor recordación en los relatos campesinos y cómo se han construido exigencias en torno a la presencia estatal en la región). También comprendí los vínculos, negociaciones y reclamos que los parceleros realizan a las empresas y las instituciones estatales, los aprendizajes y capacitaciones que han tenido los parceleros, tanto en el territorio como en las grandes ciudades del país (en este punto me interesé por la presencia de docentes en la región, las capacitaciones que realizaron, la validación de sus enseñanzas, la forma en que los discursos parceleros apropiaron esos saberes). Por medio de estas entrevistas también logré conocer recuerdos y narraciones campesinas que evocaron cambios y transformaciones de las parcelas desde que ellos llegaron, descripciones de las casas, de las labores que han realizado en ellas, de las personas que han llegado y se han ido. También conocí los problemas de despojo, los ciclos de violencia en la región y la forma en que permanecen vivos en los relatos cotidianos. Así comprendí la forma en que campesinos y territorio se han co-construido.

Tuve la oportunidad de realizar grupos focales con campesinos que debatieron sobre formas de cultivar, aprendizajes compartidos en la tierra, creencias sobre el manejo de recursos, acuerdos y normas comunes para el uso de la tierra, como por ejemplo sembrar de acuerdo a la fase de la luna. Allí también conocí nociones locales sobre las organizaciones de parceleros, las asociaciones y cooperativas de mercados campesinos, las alianzas y estrategias de estas personas para sobrevivir en medio de un territorio lleno de terratenientes. Además, comentaron y discutieron sobre los esfuerzos y dedicaciones que han realizado para mantener sus tierras y vivir en ellas.

También realicé observación participante, la cual me permitió acompañar a los parceleros en sus labores de manejo de la tierra, siembra de semillas y plántulas de yuca, melón, patilla, guineo, plátano, papaya y patilla. Mediante estos espacios y experiencias, comprendí la valoración de las personas hacia el territorio, los beneficios personales que constituye aquella relación permanente y cotidiana con los recursos, como por ejemplo sentir las plantas, verlas crecer, producir frutos y consumirlos. Adicionalmente pude contemplar las resistencias cotidianas de las personas, donde integran múltiples maneras de manejo de recursos, asociadas a conocimientos de diferentes actores. También tuve la oportunidad de estar en días de corte de banano y corozo, y esto posibilitó mi entendimiento sobre el proceso de comercialización de las producciones, las regulaciones y condicionamientos empresariales en el manejo de recursos, y la disposición de las infraestructuras en las parcelas como barcadillas y canales de riego de acuerdo a normas establecidas por multinacionales.

Adicionalmente, tuve la oportunidad de realizar varios recorridos extensos por el territorio, de la mano de parceleros que llevan más de 60 años en el lugar. Allí, estas personas compartieron conmigo relatos de cómo se veían anteriormente los paisajes, qué actores han intervenido en estos lugares, qué ha cambiado, la manera en que terratenientes se han apropiado de distritos de riego, tierras y carreteras. Por medio de esto pude notar las negociaciones entre campesinos que son vecinos, los acuerdos locales en las fronteras de sus fincas, el conocimiento sobre linderos, mojones, las resistencias y tensiones territoriales con empresarios y terratenientes, los contrastes que evidencia el paisaje en el manejo de la tierra entre campesinos.

En varias ocasiones realicé talleres de cartografía social con los parceleros, donde ellos plasmaron sus fincas y su trabajo en ellas. Esto me permitió entender formas de manejo de cada cultivo, las valoraciones, significados e importancias de la tierra, el suelo y el agua para el trabajo campesino. Así logré indagar sobre la representación de todo este conocimiento en el trabajo en la tierra, los procesos que han tenido las personas en la tenencia de la tierra en la región, la importancia del trabajo en las parcelas tanto para los recursos como para la sociedad en general, el cuidado que ellos tiene al manejar cada semilla, planta y cultivo. Además ahondé en aquellos deseos locales sobre las tierras, lo que esperan las personas y cómo les gustaría verlas en un futuro; lo que les gusta y les disgusta de la región.

Estuve en campo aproximadamente 5 meses a lo largo del 2014, en campamentos que fueron contruidos por la United Fruit Company y aún continúan vigentes en el territorio zonero, particularmente en Casa Blanca, Piloto, La Paulina, La Agustina, La Abarca, Macondo, La Estación, Los Cocos, Sacramento e Iberia. Estos se ubican en 4 de los 11 corregimientos que hay en la Zona Bananera, y se llaman Soplador, Guacamayal, Sevilla y Orihueca. Estuve en estos lugares porque gran número de *incorados*¹, al recibir sus tierras, también recibieron casas en los campamentos mencionados. Adicionalmente, trabajé en los corregimientos de Tucurínca, Guacamayal y Río Frio, puesto que allí viven parceleros que tienen tierras por herencia, posesión y algunas negociaciones que han realizado con terratenientes en la región. La mayoría de personas con quienes trabajé fueron hombres, solo tuve la oportunidad de trabajar con 3 mujeres *incoradas*². Estas mujeres poseen tierras porque sus esposos fueron parcelados y luego fallecieron, entonces tanto los títulos como las labores del campo pasaron a ellas.

¹ Localmente, las personas han denominado *incorados* a aquellos campesinos que recibieron tierras por parte del INCORA, en las políticas de Reforma Agraria.

² El INCORA tituló parcelas a hombres casados que conocieran cómo trabajar la tierra, se les denomina localmente *incorados*. En este proceso de asignación hubo mujeres que trabajaron en las parcelas y las pagaron para que se las escrituraran. Sin embargo, en los procesos de documentación, ellas tuvieron que buscar algún hombre que figurara en los documentos. Actualmente existen *incoradas*, son mujeres que heredaron tierras porque sus esposos o padres fueron parcelados y posteriormente fallecieron. Este es un gran problema sobre género, propiedad y uso de la tierra, pero no lo abordaré en mi tesis, puesto que es una discusión paralela a mi argumento sobre conocimiento campesino y acceso a recursos.

La organización de la información de campo hizo que escogiese como debate general la relación entre conocimiento campesino y acceso a recursos, articulando las relaciones estatales y empresariales de los campesinos, con el trabajo en la tierra y la valoración de los recursos naturales. Sin embargo, esto causó que tuviese que dejar de lado temas interesantes como la relación de la tenencia de la tierra con los asuntos de género, las organizaciones campesinas locales, la valoración a los títulos de propiedad, el trabajo de jornaleros en empresas y las condiciones laborales allí, la valoración a las casas y las infraestructuras locales, y la construcción corporal de los campesinos en relación a los fuertes vínculos que tejen con el territorio. Son temas que espero retomar y abordar en un futuro.

Por último, en esta introducción quiero comentar por qué fue importante para mí este trabajo con campesinos en Zona Bananera. Fue fundamental dar relevancia a los conocimientos locales en las discusiones académicas, mostrar que los diversos saberes y experiencias que las personas han construido en la cotidianeidad por medio de relaciones con vecinos, familiares, amigos, funcionarios del Estado y de empresas presentes en el lugar, también comprenden el entramado de aprendizajes en antropología. Para mí fue importante establecer una horizontalidad al momento de abordar los diversos conocimientos que instruyen la formación académica, y por tal motivo el eje central de esta tesis está enfocado en el análisis del conocimiento campesino.

Adicionalmente, es de gran trascendencia resaltar y hacer evidentes estos conocimientos sobre el manejo de recursos en Zona Bananera, puesto que este ha sido un contexto permeado de emporios bananeros y palmeros que han establecido cómo deben manejarse los recursos naturales, las producciones en la tierra y el trabajo de las personas allí. Por tal motivo, esta investigación busca destacar las relaciones que han configurado las personas con la tierra y los diversos saberes que se han construido para manejar las intervenciones de diferentes actores que quieren controlar la región.

Políticamente, este trabajo fue relevante para mí en varios sentidos. Por un lado, entendí cómo diferentes funcionarios estatales han transmitido saberes a los campesinos para orientar y direccionar el uso de sus producciones. Y allí, los campesinos han configurado sus ideas sobre el Estado por medio de aquellas relaciones. Es así que la relación entre población y Estado tiene multiplicidad de matices, asociados a momentos de controles territoriales,

regulación del uso de recursos, delimitación de las labores de las personas; al tiempo que la gente realiza resistencias, negociaciones, exigencias a estos funcionarios, pero también vive fuera de los límites que comprenden las acciones de las instituciones estatales. En todo esto, me parece que la construcción de conocimiento campesino se convierte en un lente de análisis que le otorga contexto a las relaciones entre campesinos e instituciones estatales. Por otro lado, considero que la valoración de las personas hacia el lugar en el que viven y trabajan cotidianamente, este arraigo que se construye al convivir con el agua, la tierra, las plantaciones, las semillas, las casas, los canales de riego, las carreteras; ha sido importante para entender por qué los ciclos de violencia y despojo por parte de grupos al margen de la ley, terratenientes y políticos, no han desplazado por completo los campesinos de lugares como Zona Bananera. Estas valoraciones me han sido indispensables para comprender las disputas y exigencias por el territorio y los recursos en él. Todo lo anterior ha sido una de las valoraciones que he construido hacia este trabajo. Espero que el lector o lectora también logre apropiarse de esta importancia.

CAPÍTULO 1

CHOQUES DE PODERES QUE CONSTRUYEN CONOCIMIENTOS

Como expuse en la parte introductoria, mi argumento central es que el conocimiento campesino es una red que se teje desde diversos saberes, aprendizajes y experiencias sobre el uso y manejo de recursos naturales y económicos. La construcción de aquella red es el resultado de múltiples relaciones de los campesinos tanto con la naturaleza como con familiares, vecinos y compañeros. Pero además, en esta red de conocimiento también han estado presentes saberes institucionales, puesto que funcionarios estatales, empresariales y bancarios han enseñado algunas formas de manejo de recursos, las cuales han estado orientadas a controlar y regular el uso de la tierra, el agua, las semillas, los cultivos, las materias primas y el dinero. Así, el conocimiento campesino en Zona Bananera se ha convertido en una confluencia de relaciones, disputas y negociaciones por el acceso y manejo de recursos.

Para contribuir a esa idea general, en este capítulo quiero argumentar que, en Zona Bananera, el conocimiento campesino sobre el uso y manejo de recursos naturales y económicos se construye en momentos específicos y cotidianos, donde convergen poderes que realizan prácticas de control sobre el territorio. A aquellos momentos los llamaré *puntos de confluencia* y los entenderé como proyectos educativos, capacitaciones de entidades, relaciones empresariales y proyectos políticos, en los que se presentan conjuntos de relaciones de fuerza. Allí se configuran negociaciones, luchas y enfrentamientos entre instituciones estatales, empresas, bancos y campesinos. Estos actores disputan diferentes prácticas de control, las cuales comprenderé como la posibilidad de direccionar, regular y manejar los beneficios que genera el suelo, el agua, los cultivos, las materias primas y el dinero (Rangan 1997). Es importante aclarar que en dichas relaciones de poder, los parceleros establecen negociaciones y resistencias en el territorio a partir de su conocimiento, este no se encuentra dado previamente sino que se construye y reconstruye en el proceso de relaciones.

El objetivo de este capítulo consiste en analizar la manera en que la construcción del conocimiento campesino permite detallar la confluencia de relaciones, controles y disputas por el acceso y manejo de recursos, en Zona Bananera. Para llevar a cabo este propósito, dividiré el capítulo en dos partes: en primer lugar, indagaré una época de la historia de la

Zona Bananera en que fueron reconfiguradas las relaciones entre campesinos, instituciones estatales y empresas. En aquella época, el INCORA parceló tierras a los campesinos en Zona Bananera y la Caja Agraria vinculó a estas personas en sistemas de préstamo de dinero y deudas. Todo esto conformó en los campesinos las ideas sobre cómo deben ser sus relaciones con instituciones estatales, bancarias y empresas. Así, aquella época configuró la base de negociaciones, disputas y reclamos actuales de los campesinos; en segundo lugar, analizaré tres conjuntos de momentos en los que confluyen poderes estatales, académicos, empresariales y campesinos por el control, uso y manejo del territorio. Aquellos momentos comprenden la enseñanza de saberes empresariales, vigilancias, regulaciones y exigencias sobre el manejo de cada parcela, junto a la ejecución de proyectos políticos.

1. ¿Para qué recordar al INCORA y la Caja Agraria?

En primer lugar detallaré dos puntos de confluencia que corresponden a momentos pasados en los que se concentraron relaciones de poder por el control de los recursos en Zona Bananera. Puntualmente, abordaré los recuerdos campesinos sobre la asignación de tierras realizada por el Instituto Colombiano para la Reforma Agraria INCORA, y los préstamos que la Caja Agraria realizó a parceleros en la región. Así, estos puntos de confluencia corresponden a lo que Stuart Hall llama puntos de retorno, que consisten en periodos anteriores en los que existieron rupturas y discontinuidades que reconfiguraron todo un conjunto de relaciones (Hall 2006). La particularidad de estos dos puntos de confluencia consiste en que conformaron, en los parceleros, nociones de cómo debe ser su relación con instituciones estatales y bancos. Así, aquellos eventos pasados son constantemente evocados por los campesinos en la actualidad, para realizar exigencias y reclamos al Instituto Colombiano de Desarrollo Rural INCODER³ y al Banco Agrario. En este contexto, el conocimiento campesino se presenta como la construcción de memoria y recuerdos, lo que le permite a las personas rememorar experiencias pasadas con base a situaciones del presente.

- Punto de confluencia #1: procesos de asignación de tierras por parte del INCORA

³ El Instituto Colombiano de Desarrollo Rural fue creado en el 2002, con la Ley 709, con el objetivo de crear y ejecutar políticas agropecuarias de desarrollo rural y centralizar todas las instituciones estatales destinadas al manejo de recursos productivos en las zonas rurales, como lo fue el INCORA.

Los campesinos en Zona Bananera han tenido un largo proceso de situaciones sobre tenencia de la tierra, a partir de las cuales han configurado múltiples relaciones con entidades estatales. Actualmente, gran parte del territorio se encuentra a manos de empresas y terratenientes, por lo que son pocas las extensiones de tierra que hacen parte de los parceleros. Dicha situación ha hecho que estas personas recuerden y evoquen permanentemente un momento pasado en el que parte del territorio zonero, que se encontraba bajo el control de una multinacional, fue tomado por el Estado y asignado en parcelas a campesinos. Este constituye el primer punto de confluencia que detallaré, y corresponde a reclamos de los campesinos por la tenencia de la tierra en Zona Bananera, en los cuales rememoran procesos de asignación de tierras realizados por instituciones estatales.

El territorio zonero, desde comienzos del siglo XX estuvo bajo el control de la empresa estadounidense United Fruit Company. Esta multinacional dispuso todo un enclave de producción bananera, en el que los campesinos eran obreros y no tenían la posibilidad de tener tierra. Aquella compañía dejó la Zona Bananera hacia los años 60's, momento en el que parte de las tierras pasaron a manos de familias con gran poder económico y político en el Magdalena, y otras las tomó el Estado. En 1969 y 1970, en el gobierno de Carlos Lleras Restrepo, aquellas tierras estatales fueron parceladas a los campesinos, por medio del Instituto Colombiano para la Reforma Agraria INCORA⁴. Dicho proceso de asignación se llevó a cabo por la necesidad del Estado de generar o restablecer la productividad intensiva en el territorio zonero, allí los campesinos debían trabajar en sus tierras y dejarlas óptimas para los monocultivos, desmontando los terrenos y recuperando los distritos de riego. Sin embargo, para los campesinos aquellos procesos de Reforma Agraria constituyeron la oportunidad para adquirir tierras y trabajarlas, por medio de garantías de titulación, mercados y sistemas crediticios.

⁴ En 1961 fue creada la Ley 135, que tenía como objetivo la adecuación de tierras para la producción. En este momento fue creado el Instituto Colombiano de Reforma Agraria, como entidad encargada de ejecutar aquella política. La Ley 135 tuvo una modificación en 1968, y allí se reglamentó la Unidad Agrícola Familiar con el propósito de regular la tenencia y explotación de tierras, para distribuirlas individualmente. Con base a la UAF, el INCORA tuvo como eje central, en un comienzo, la dotación de tierras a aparceros y arrendatarios (INCODER 2013). Así comenzó en 1969 su intervención en Zona Bananera.

Este proceso de asignación de tierras marcó la forma en que los campesinos establecieron su manejo de recursos en el territorio zonero, y por ello es recordado y manifestado constantemente en sus relatos, convirtiéndolo en un punto de retorno. Aquí me interesa mostrar que el conocimiento campesino, además de recordar el INCORA, expresa ideas y percepciones de los parceleros sobre cómo deberían ejecutarse las políticas agrarias. Además, refleja las nociones de estas personas sobre la manera en que los funcionarios estatales deben establecer relación con los campesinos.

Lo primero que me interesa analizar, consiste en que las personas en Zona Bananera, al hablar sobre las posibilidades actuales de adquisición de tierras por parte de campesinos, se remiten al INCORA. Para ello, mostraré dos relatos de parceleros, el primero de ellos es Juan Carlos Orozco un incorado del campamento de Paulina: “Aquí hay muchas personas que quieren tener un pedacito de tierra para trabajar pero como no, el INCORA ya no existe y ¿Sabe usted cuánto vale un pedacito de tierra aquí? Una hectárea vale más de 20 millones de pesos” (Fragmento de entrevista a Juan Carlos Orozco, enero de 2014). Al comentario de Juan Carlos, se suma el de Gabriela Tejada, una incorada del campamento de la Abarca: “Yo creo que para comprar tierra ahorita aquí eso es difícil porque ya nadie quiere vender sus tierras y la verdad como INCORA prácticamente se fue, ya no hay cómo” (Fragmento de entrevista a Gabriela Tejada, enero de 2014)

Estos dos relatos aluden al INCORA como un ente que posibilitaba la adquisición de parcelas. Así, aquella entidad es reconocida por los parceleros como la única institución que les permitió a los campesinos acceder a tierras. Esto marco la historia del campesinado en la Zona Bananera, puesto que fue una reestructuración del conjunto de relaciones entre Estado, empresas y parceleros. Anterior a la asignación de tierras del INCORA, la mayoría de incorados eran obreros y asalariados de grandes extensiones de tierras, tanto en Zona Bananera como en lugares aledaños y, al recibir parcelas, su relación con el Estado pasó de establecer disputas y negociaciones como trabajadores, a constituir reclamos y negociaciones como propietarios de tierras. Esto hizo que el INCORA instaurara todo un sistema de control, disciplina y vigilancia de los recursos naturales y económicos que manejaban los parceleros. Además, creó los vínculos comerciales que especificaron qué empresas intervendrían en las tierras adjudicadas. Todo este cambio en las relaciones de poder en torno al acceso a recursos en la Zona Bananera, configuró en los parceleros un punto de retorno, el cual es rememorado

frecuentemente en el presente puesto que es necesaria la reestructuración de los vínculos entre campesinos, Estado y empresas.

Todo el proceso de asignación y titulación de tierras, realizado por el INCORA a través de Reforma Agraria, generó una confluencia de múltiples actores que intervinieron en el territorio en diferentes niveles. Estos actores los organizaré en tres grupos: los académicos del Estado, los trabajadores del estado que tomaron las decisiones sobre asignación y adjudicación de tierras, y los empresarios. Los académicos del estado fueron un grupo de topógrafos que realizaron los estudios iniciales del suelo y los distritos de riego, quienes establecieron cómo debía constituirse la distribución de la tierra en parcelas y cuáles eran las condiciones del suelo para su producción. Este grupo de académicos fue complementado por docentes del SENA y el ICA (quienes detallaré y analizaré en el 3er punto de confluencia). Los trabajadores del Estado que tomaron decisiones corresponden a aquellas personas que realizaron el proceso de inscripción y selección de los campesinos que recibirían parcelas. Estas personas detallaban cómo estaban constituidas las familias, cuántos integrantes poseían, si el hombre cabeza de familia que figuraría como titular en los documentos había trabajado en tierras previamente, qué experiencia tenía y si había vivido en la región. Con base a lo anterior, estas personas decidían si parcelaban las tierras. No podían titular parcelas a solteros, a mujeres, a hombres que no tuvieran experiencia en el trabajo en la tierra, o a personas del interior del país. Por último, los empresarios se vincularon a este proceso de titulación de dos maneras: determinaron las producciones que debían sembrar los campesinos; y una vez realizada la titulación, eran quienes compraban la tierra de aquellos campesinos que no lograban saldar sus deudas con el INCORA o con la Caja Agraria.

Lo anterior configuró en los campesinos nociones sobre la manera en que instituciones estatales como el INCORA deben llevar a cabo políticas agrarias relacionadas con el campesinado. Así, ellos consideran que todo este sistema de actores, con funciones específicas de indagación, selección, distribución, control, regulación y asignación de recursos a campesinos, fue mucho más eficiente y contundente que las políticas de desarrollo rural actuales. De esta manera, ellos le exigen al Estado políticas de asignación y titulación de tierras, seguimiento del presupuesto asignado, estudios de los lugares en los que viven, capacitaciones y enseñanzas sobre el manejo de recursos y vinculación a mercados internacionales. Con base a lo anterior es que los campesinos mencionan, en el día a día,

aquellas adjudicaciones, en parte como exigencias pero también como ese pasado que aún viven.

El proceso de asignación y titulación de tierras está fuertemente anclado en los discursos cotidianos campesinos, en los que destacan cada uno de los detalles de este conjunto de situaciones. En este punto Teresa Gómez cuenta:

Nos entregaron la parcela en el 69, nos incorporaron. Aquí vino el proyecto para que se inscribieran y fue de buenas el esposo mío porque salió [...] en ese tiempo incorporaban por grupos. A un grupo de 5 o 6 hombres les daban un lote grande, una tierra. Después fue que el gobierno ya repartió el permiso para que cada grupo repartiera y cada parcelero cogiera su parte [...] entonces fue cuando él [INCORA] vino a dar los títulos, él no había dado todavía nada, ni casas, ni títulos ni nada. Después ya cuando él vino esto se independizó y se vio que ya trabajaban con calma y todo. Él dio los títulos tarde porque eso fue en el 69 y él dio los títulos casi como en el 80. [...] Esto fue como fiarle a alguien algo, entonces uno lo iba pagando con el cultivo. Cuando ellos vieron que quedó bien con el pago, entonces ya dieron los papeles (Fragmento de entrevista a Teresa Gómez, enero de 2014)

En el proceso descrito por Teresa es indispensable detallar las restricciones y regulaciones que estableció el INCORA, en las que otorgaba permisos para la distribución y venta de las tierras. Es decir, las personas tenían la obligación de pedir el consentimiento de aquella institución para poder realizar alguna acción en las tierras que recibieron. Además de esto, las tierras no fueron regaladas, las personas tuvieron que pagarlas y para ello, duraron aproximadamente 10 años trabajando en aquellas parcelas para poder saldar sus deudas con el INCORA y recibir los títulos de propiedad. Adicionalmente, podían ser desalojados en cualquier momento al no cumplir con el pago de sus cuotas y, de hecho, gran número de personas perdieron sus parcelas por tal motivo. Esto representa una forma de lo que Foucault llama gubernamentalidad, puesto que fueron tácticas de gobierno en las que se realizaron procedimientos, análisis y cálculos, que permitieron ejercer poder por medio de soberanía y disciplina de la población (Foucault 1999).

Aquella asignación de tierras, junto a los procedimientos y la disciplina que instauró en los campesinos para realizar el trabajo en sus parcelas y poder pagarlas, configuró varias de sus ideas y nociones sobre cómo estas personas deben pensar las tierras, los recursos y su trabajo con estos. De esta manera, los parceleros construyeron de la mano de funcionarios del INCORA planes y proyectos de producción, para generar rentabilidad en las tierras y que los campesinos logaran pagarlas para recibir los títulos. Las personas comentan que en aquellos planes y proyectos, les enseñaron a medir la extensión de sus parcelas y cuántas

plantas podían sembrarse allí. Así, comenzaron a establecer cuánta producción necesitaban generar y en cuánto tiempo debían demorarse las plantas en producir, para comenzar a pagarle al INCORA. Sin embargo, aquellas ideas se articularon a los deseos y las expectativas de los campesinos al tener tierras, puesto que ellos también dispusieron en ellas cultivos que les gustaba manejar, plantas que producían alimentos de consumo diario y aquellas producciones que ellos ya conocían previamente. Es así que en este momento confluyeron intereses y conocimientos sobre el manejo de la tierra y el trabajo en ella.

El INCORA no solo realizó asignación de tierras mientras estuvieron vigentes las políticas de Reforma Agraria. Hay parceleros en Zona Bananera que recibieron tierras por parte de esta institución a finales de los años 90, y consigo hubo evidentes vínculos entre gobernantes, representantes de la fuerza pública y grupos paramilitares. Estas situaciones, actualmente, son relatadas a manera de denuncia política. Un ejemplo de ello es el caso de la señora Dora Muñoz, una ecuatoriana que llegó a vivir a Santa Marta, y se casó con un zonero a quién le adjudicaron tierras. Ella relata este segundo momento:

Nos dieron esas tierras como en el 2000, nos las dio el INCORA y estaba el presidente Pastrana. Él fue el que entregó las resoluciones de las tierras [...] las tierras se entregaban porque en ese tiempo había una fundación, se llamaba Fundación Amor por el Campo, entonces nosotros íbamos a las reuniones y siempre que había que aportar algo, entonces nosotros aportábamos que los 100, los 70, los 80 mil pesos, para cosas de papelería y cosas que tenían que hacer, algún viaje [...] Entonces nosotros como éramos 30 familias, cada quien aportaba lo suyo [...] a nosotros nos tocó huir de ahí por los paras y ahora él [Guillermo León Durán] es que tiene las tierras, las de nosotros (Fragmento de entrevista realizada a Dora Muñoz, enero de 2014)

Guillermo León Duran, según cuentan varios zoneros, es un exgeneral del ejército que le compró tierras a los parceleros cuando había presencia paramilitar en aquel lugar. Como la gran mayoría de los parceleros estaban amenazados de muerte por grupos paramilitares si no salían de sus parcelas, las ofrecieron a precios muy bajos. Fue así que este exgeneral compró parcelas de 5, 6 y 7 hectáreas a 300-400 mil pesos, y ahora tiene una gran extensión de tierras en la región. En el caso de la señora Dora, el INCORA y la Fundación Amor por el Campo le asignó tierras a su esposo, duraron alrededor de un año allí, tiempo en el que desmontaron la parcela, la limpiaron, la trabajaron y la dejaron preparada para sembrar. Cuando empezaron a cultivar, fueron desplazados. Esta situación evidencia que el control del territorio en Zona Bananera ha sido intensamente disputado por diferentes actores, no solo las instituciones estatales han intervenido para regular y vigilar el uso de recursos, sino que

representantes de la fuerza pública han generado situaciones de desplazamiento forzado para convertirse en terratenientes y acaparar tierras allí.

Este también constituye un punto de retorno porque nuevamente hubo una reconfiguración de las relaciones de poder por confrontaciones alrededor del control de recursos. Pero además, este último caso expuesto se convierte en la base de las disputas y resistencias de las personas en Zona Bananera por la tenencia de las tierras. A partir de esto, los campesinos no solo realizan reclamos a diferentes entidades por sus derechos vulnerados, sino que además denuncian su situación ante otros parceleros y medios de comunicación para que no sea repetida, aun cuando en el país ha existido una naturalización de este despojo. Al tiempo, dichas personas construyen alternativas de vida en el territorio, como tomar terrenos por posesión y comenzar nuevamente su vida allí. Adicionalmente, esta situación ha hecho que los parceleros valoren aún más el proceso de asignación de tierras del INCORA en la década de los 70, manifestando que las garantías para la tenencia de la tierra beneficiaron a los campesinos, aunque hubiese algunos que perdieran sus tierras.

Actualmente, tanto la asignación de tierras realizada por el INCORA a través de las políticas de Reforma Agraria, como las situaciones expuestas por Dora Muñoz, hacen parte de los relatos y las disputas por la asignación de tierras para campesinos. Ambos momentos, que tejen dos temporalidades diferentes, son comparados por los parceleros para aprobar y denunciar las relaciones que han tenido con funcionarios del estado. Esto también hace parte del conocimiento campesino, en el que los años 70's y 80's pasan a ser momentos anhelados y manifestados como un pasado que permanece en el día a día de las personas.

En síntesis, la evocación de los procesos de asignación de tierras expone reclamos y disputas actuales de los parceleros hacia el Estado, los cuales rememoran diferentes experiencias campesinas y relaciones con funcionarios del INCORA. Lo anterior, refleja la manera en la que la red de conocimiento campesino configura discursos y prácticas por medio de la articulación de diferentes temporalidades, donde surgen experiencias, posturas críticas y percepciones sobre diferentes actores. Asimismo, aquella red contempla los diferentes choques de poderes en torno al control de recursos en Zona Bananera, en la que los campesinos han tenido que moldear sus opciones de sobrevivencia en el territorio.

- *Punto de confluencia #2: disputas y relatos sobre de relaciones bancarias*

El segundo punto de confluencia que desarrollaré hace referencia a las relaciones entre parceleros y bancos. Estos dos actores confluyen en momentos donde se hace necesaria la inversión en las tierras, bien sea para creación, renovación o aumento de producciones, o para su tecnificación. Aquellas relaciones han posibilitado que entidades bancarias realicen control, seguimientos y vigilancias a los recursos con los que trabajan los campesinos. Los momentos en que se presentan estas relaciones, hacen que las narraciones campesinas evoquen los recuerdos sobre la presencia de funcionarios de la Caja Agraria en la Zona Bananera. En este punto de confluencia, el conocimiento campesino se teje desde relatos y experiencias relacionadas con vínculos bancarios, en que son comparadas diferentes épocas para establecer disputas sobre recursos económicos.

El Banco Agrario ha sido una entidad que, al momento de relacionarse con los campesinos en Zona Bananera, ha impuesto gran número de condiciones y burocracias en el acceso que dichas personas pueden tener hacia los préstamos. Sumado a esto, algunos parceleros han hipotecado sus parcelas y, al no saldar sus deudas con el banco, las han perdido. Teniendo en cuenta aquellas situaciones, los incorporados han configurado un punto de retorno a la época de la Caja Agraria, entidad que acompañó el proceso de asignación de tierras y los proyectos productivos que le siguieron. En aquella década de los 70's, el INCORA le exigió a los parceleros producciones intensivas en sus tierras para que generaran ingresos económicos y le pagaran las tierras a aquella institución, así poder recibir títulos. En medio de esto, la Caja Agraria comenzó a promocionar préstamos a los incorporados para que invirtieran dinero en producciones y en sus tierras. Estas personas no requerían cumplir alguna condición para recibir el dinero, puesto que el INCORA era el fiador y poseía todos los documentos de las tierras. Una vez hecho el préstamo, los campesinos trabajaban para pagar simultáneamente las parcelas al INCORA y las deudas a la Caja Agraria, y si incumplían con algún pago, cualquiera de estas dos entidades le quitaba las tierras. Podría decirse que los campesinos se convirtieron en trabajadores de esas entidades, pero aun así la situación actual hace que estas personas legitimen las prácticas de control realizadas por la Caja Agraria, al compararlas con las vivencias que han tenido con el Banco Agrario. Allí, los

incorados resaltan la importancia de la primera institución en su proceso de tenencia de la tierra y el mantenimiento de las parcelas.

Las relaciones bancarias que han tenido los campesinos, tanto con el Banco Agrario como con la Caja Agraria, han conformado varias nociones de lo que es la tierra: por un lado, esta se concibe como un recurso natural que posibilita el trabajo, la vida de los campesinos y de otros recursos como las plantas y el agua. Al mismo tiempo, las tierras son interpretadas en términos monetarios, lo que cambia su materialidad por billetes con el propósito de poder trazar su propiedad. En las relaciones bancarias, este intercambio de dinero por el documento que representa la propiedad, constituye que los préstamos de dinero sean invertidos para seguir trabajando la tierra como recurso. De esta manera, aquellas relaciones entre los bancos y los campesinos han posibilitado que estas entidades accedan a la tierra y las producciones, a través de esa doble interpretación como recurso natural y recurso económico.

En este punto es importante preguntar: si la Caja Agraria y el Banco Agrario han intervenido a los campesinos para acceder a las tierras y las producciones, entonces ¿Qué hace que los parceleros prefieran y resalten la época de la Caja Agraria, en comparación con lo que han vivido con el Banco Agrario? La respuesta se encuentra relacionada con los vínculos interpersonales que los parceleros han configurado con funcionarios de cada una de las entidades mencionadas. Los funcionarios de la Caja Agraria tuvieron una recordada presencia en la Zona Bananera, al punto que las personas los referencian por sus nombres y gestiones en cada lugar. Aquellas personas relatan cómo estos funcionarios visitaban mes a mes las parcelas, recogían los recibos de compra y pago de materias prima, animales y cultivos. También establecían asesorías de préstamos a los parceleros, midiendo la cantidad de tierra, plantas y agua que poseían, para analizar cuánto dinero podían generar en cada producción y, así, cuánto podía ser la suma del préstamo. Además, como los préstamos se realizaban cada 4-6 meses, aproximadamente, dichos funcionarios conocían el proceso crediticio de cada parcelero con quien trabajaban.

En contraste con esto, se han presentado las relaciones de los parceleros con los empleados del Banco Agrario, quienes manejan y regulan el dinero desde centros urbanos. Las consideraciones de la Zona Bananera como “zona roja” han creado una gran distancia

entre los zoneros y el resto del país, y en ello los funcionarios estatales y bancarios no establecen contacto directo con las personas en el territorio, sino que construyen exigencias desde sus oficinas para que este sea el único espacio y medio de comunicación. De ese modo, actualmente existen un conjunto de trámites burocráticos mucho más complejos para el acceso al dinero, por lo que los representantes del Banco Agrario no son identificados de la misma manera por los parceleros. Lo anterior es reflejo de lo que los autores James Ferguson y Akhil Gupta han contemplado como espacialización del Estado: por un lado se presenta un Estado localizado, en el que la presencia regional planea y controla las prácticas en el territorio, por medio de la destinación de recursos; y por otro lado un Estado que autoriza y regula “desde arriba”, desde la burocracia junto a sus imaginarios de poder centralizado (Ferguson y Gupta 2002). En este caso, no son puntualmente las entidades estatales las que realizan aquella espacialización, pero sí son entidades bancarias vinculadas a proyectos de gobierno relacionados con los campesinos en Zona Bananera

Uno de los aspectos que evidencia aquel contraste en la espacialización de las entidades, y que representa un momento de confluencia, constituye instantes actuales en que los campesinos se dirigen a solicitar un préstamo bancario. Lo primero que deben hacer es llamar al call center del Banco Agrario (que se encuentran en un lugar indefinido). Después de durar varios minutos y en algunos momentos horas hablando con grabaciones y funcionarios del banco, quienes les preguntan a los campesinos sobre su lugar de residencia, el lugar donde se encuentra su parcela y la producción que quieren llevar a cabo en ella; aquellos que responden el call center les agendan una cita en Bogotá o en Santa Marta. Para ello, las personas que solicitan el préstamo deben llevar los títulos de propiedad de la parcela, fotos de la finca con los caminos de acceso que tiene, los distritos de riego y las producciones presentes. Además, aquellos campesinos deben argumentar en qué destinarán el dinero, cuál será la ganancia prevista y en cuanto tiempo podrán generarla. Posteriormente, aquellos campesinos regresan a sus casas y deben esperar días o meses a que algún otro funcionario del banco los llame a confirmarles si es viable girarles el dinero. Por esto, la gente recuerda a la Caja Agraria comentando que el proceso para solicitud de préstamos era mucho más fácil y los funcionarios eran más cercanos, no ponían “tanto problema” para pedirles dinero.

Sin embargo, la caja agraria realizaba un giro de dinero llamado “préstamo supervisado”. Para entender la forma en que se desarrollaba este préstamo, es importante leer parte del relato del señor Fernando Orjuela, parcelero del campamento de Piloto:

Hice préstamo supervisado con el INCORA, me dio para comprar unas 4 o 5 reses. Y ellos tenían la orden de visitarlo a uno permanentemente, entonces la cuestión del INCORA era así: había un supervisor que se llamaba José Bayona, también del interior. Nadie podía vender una res de esas mientras no tuviera cualquier defecto (mala leche, o manchada o enferma, o algo así). A ellos tocaba decirles en qué gastaba uno la plata, entonces yo le decía “Señor Bayona, compré tanto alambre, medicinas, y tales cosas, ahí están las facturas”. Todo el mundo tenía que pedir el permiso porque habían muchos que vendían los animales y nada, cogían la plata y tenían deudas hasta con la familia, porque no pagaban al INCORA y no hacían ni una cosa ni la otra (Fragmento de entrevista a Fernando Orjuela, enero de 2014)

En la situación anterior me interesa detallar la manera en la que las personas resaltan los vínculos que establecieron con el INCORA y la Caja Agraria, puesto que fueron relaciones de dependencia construidas en torno a deudas económicas. Aquí, quiero basarme en los planteamientos de David Graeber sobre las deudas (Graeber 2012), para analizar que aquellas deudas que los parceleros adquirieron con dichas entidades se convirtieron en obligaciones, y la responsabilidad de saldarlas, en múltiples ocasiones, ha sido un aspecto más importante que, incluso, el mismo bienestar de estas personas. Es por ello que vender las parcelas para saldar la deuda es justificable dentro del discurso de los parceleros, aun cuando saben que es un despojo de sus tierras, del lugar en el que trabajan y habitan diariamente. Es importante mostrar que el compromiso de aquellos campesinos con los funcionarios generó un vínculo mucho más fuerte, puesto que eran personas que constantemente estaban en sus parcelas, con quienes tenían conversaciones cotidianamente y les rendían cuentas de los gastos del dinero. Esto conformó sentimientos de responsabilidad que validaban las prácticas de control de la Caja Agraria sobre los campesinos y sus tierras.

En el relato de Fernando también es importante detallar que hubo personas que vulneraron las condiciones y las supervisiones, realizadas por la Caja Agraria. Algunos incorados revendían los implementos, plantas o animales para los cuales habían solicitado los préstamos. Pero, dentro de los acuerdos entre aquella entidad y parceleros, lo que ellos compraban debía generar alguna producción que pudieran trabajar. Dicha relación poseía una gran vigilancia en las parcelas, lo que hizo que las personas que incumplían alguno de los acuerdos de los préstamos, adquirieran mayores deudas y sanciones al punto de perder su

tierra. Estas situaciones configuraron diversos discursos en los funcionarios de la Caja Agraria, quienes reproducían esos relatos en los parceleros que solicitaban préstamos, con el objetivo de que estas personas se mantuvieran bajo la estructura de dominación que poseía aquella entidad.

Los parceleros en este tipo de vínculos crediticios trabajaron la tierra, produjeron los cultivos, y establecieron relaciones comerciales para saldar sus deudas con la Caja Agraria. Aun así, los parceleros legitiman aquellas acciones al compararlas con el Banco Agrario. Dicha legitimación es trascendental entenderla a partir del siguiente relato de Fabio Sierra, parcelero del campamento de Casa Blanca:

Quando el arroz trabajábamos con la caja agraria. Después ya se fue la caja agraria entonces quise seguir con el Banco Agrario pero fui a hacer un crédito, pero qué cosa. Gasté como 500.000 pesos solo en fotos y documentos que pedían. Ellos no iban a venir para acá a mirar porque en eso estaban los paracos. Entonces me dijeron “tiene que traer la foto” y en eso me tocó llevar un poco de fotos para probar allá que sí tenía palma, y después que tenía que ir que mañana, que pasado mañana, que el lunes, en fin, me aburrí y no fui más. [...] Pero con la Caja Agraria no, eso era bueno con la Caja Agraria, lo atendían a uno enseguida. Los créditos eran a corto plazo, como eso nada más duraba 4 meses. El arroz dura 4 meses pasado el corte entonces le hacían el préstamo a uno por los 4 meses, o 4 meses y medio por ahí. En seguida uno cortaba o vendía en barranquilla, o vendía acá en Fundación, le entregaban la plata y uno iba allá y pagaba lo que debía entonces le hacían nuevos créditos (Fragmento de entrevista a Fabio Sierra, enero de 2014)

Fabio Sierra compara la Caja Agraria con el Banco Agrario, rechazando los procesos burocráticos por los que tuvo que pasar cuando accedió a esta última entidad. Sin embargo, aquellos momentos rememorados que evocan a la Caja Agraria, muestran las prácticas de control que funcionarios de aquella entidad realizaban sobre las parcelas campesinas. En este punto, quiero retomar uno de los planteamientos de David Lehmann, quien contempla diferentes niveles de la proletarización campesina en la estructura agraria. Uno de estos niveles consiste en que las condiciones de producción se encuentran vinculadas a formas de endeudamiento, lo cual conduce a que los grupos sociales pierdan el control de la tierra puesto que esta queda sometida a decisiones externas (Lehmann 1980). En este caso de las relaciones bancarias, no considero que los parceleros hayan perdido el control absoluto sobre la tierra ni que esta haya quedado completamente sometida a decisiones externas, pero quiero utilizar este planteamiento para analizar que los campesinos en Zona Bananera sujetaron sus producciones y trabajo en la tierra a determinaciones de los funcionarios de la Caja Agraria.

Y esto fue causado por las deudas que estas personas adquirieron con dicha entidad. Lo que ellos llaman garantías en los préstamos de dinero, constituían estrategias de dominación en torno al acceso a la tierra, los cultivos, el agua, las materias primas y el dinero, que a su vez convirtió a los campesinos en productores de ganancias para el Estado y los bancos.

Finalmente, este último punto de confluencia consistió en posturas de los parceleros frente a las relaciones crediticias establecidas con entidades bancarias, en las que se compraran la Caja Agraria y el Banco Agrario. Aquellas instituciones han realizado vigilancia a los recursos que los parceleros poseen en sus tierras, generando compromisos por medio de deudas y realizando seguimiento al uso de recursos para verificar el cumplimiento de los mismos. Sin embargo, debido a las relaciones interpersonales que los funcionarios de la Caja Agraria configuraron con los campesinos, las prácticas de control de aquella institución son legitimadas al compararlas con experiencias con el Banco Agrario. Así, los campesinos configuran exigencias en torno a cómo debería ser la asignación de préstamos hacia los parceleros, y la manera en la que las entidades bancarias deberían hacer presencia en el territorio.

En esta primera parte del primer capítulo analicé y detallé dos conjuntos de momentos pasados donde se presentaron confluencias de relaciones de poder por el control de recursos en la Zona Bananera. Estos momentos pasados son evocados permanentemente por los parceleros, porque reconfiguraron las relaciones entre campesinos, instituciones estatales, empresas y entidades bancarias. De esta manera, la época de la asignación de tierras por parte del INCORA y los vínculos bancarios de los parceleros con la Caja Agraria, comprenden puntos de retorno que se recuerdan permanentemente en la actualidad. Adicionalmente, estos momentos configuraron en los parceleros ideas de cómo debe ser su relación con funcionarios estatales y representantes de entidades bancarias. Esto constituye la base de reclamos y exigencias campesinas ante el Estado y los bancos. A continuación, indagaré sobre aquellos momentos posteriores a la parcelación y las relaciones bancarias de los años 70's.

2. Núcleos de control en el uso y manejo de recursos campesinos

Posterior al proceso de asignación de tierras y la creación de vínculos entre parceleros y Caja Agraria, han existido varios momentos en la Zona Bananera en que han confluído múltiples relaciones entre campesinos y entidades estatales y empresariales. Cada uno de

estos actores ha construido y consolidado prácticas de control hacia la tierra, el agua, las semillas, los cultivos, los alimentos y las infraestructuras en las parcelas campesinas. A continuación, abordaré tres conjuntos de momentos donde han confluído enseñanzas educativas sobre el manejo de recursos, requerimientos y exigencias empresariales sobre la distribución de la infraestructura, el agua y la tierra en las parcelas, y proyectos políticos sobre producciones campesinas que construyen y renuevan los vínculos de los parceleros con las empresas. Allí, el conocimiento campesino no lo contemplaré como la construcción de recuerdos para reclamar y disputar intervenciones estatales y bancarias. En este segundo apartado, abordaré el conocimiento campesino desde los múltiples saberes que lo construyen e intentan direccionarlo para orientar el trabajo en la tierra.

- *Punto de confluencia #3: intervenciones educativas en los parceleros*

En Zona Bananera se han presentado proyectos educativos que buscan enseñarles a los parceleros cómo utilizar el suelo, el agua, las semillas, las plantas, sus frutos y el dinero. Por medio de estos proyectos, a cada corregimiento han llegado docentes del SENA, de algunos institutos tecnológicos del Caribe y de gobiernos locales para transmitir saberes sobre el manejo de aquellos recursos. También se han presentado momentos en que los campesinos asisten a capacitaciones sobre cultivos y distritos de riego, en Barranquilla, Santa Marta y Bogotá. Adicionalmente, hijos de algunos parceleros han realizado estudios de educación superior sobre temas agrarios o agrícolas. De esta manera, se han presentado diferentes momentos en que los parceleros y funcionarios de entidades han confluído para enseñar, socializar y jerarquizar los conocimientos sobre el manejo de recursos en este municipio. Aquí, el conocimiento campesino se teje desde diferentes saberes, los cuales les permiten a los parceleros aceptar, rechazar o negociar estos aprendizajes.

Aquellos proyectos educativos han buscado generar impactos y mejoras en las economías locales, y llevan en sus programas: asignación de semillas o plántulas, abonos para la tierra y en algunos casos dinero. También han realizado acompañamientos por parte de funcionarios institucionales, quienes establecen seguimientos a los programas y a la destinación de “recursos estatales”. Según los objetivos de desarrollo de estos proyectos, las instituciones mencionadas han buscado instruir el conocimiento campesino para dirigir las habilidades de estas personas hacia el “desarrollo técnico”, junto a la orientación del territorio

hacia la productividad económica empresarial (SENA 2016) (ICA 2008). Este es uno de los lados desde donde se teje el conocimiento campesino, aquellos saberes han aprovechado el contexto de la Zona Bananera donde los pobladores han convivido con empresas y proyectos de producción intensiva de banano y palma africana, para direccionar las prácticas en los recursos hacia el beneficio empresarial. Sin embargo, este contexto también les ha permitido a los parceleros tener experiencia y amplios conocimientos sobre el manejo de aquellas producciones, por lo que dichos proyectos educativos son validados en algunos casos pero en otros cuestionados y negociados.

En primer lugar, quiero retomar las intervenciones educativas que realizaron funcionarios del INCORA y docentes del SENA en la década del 70, posterior a las parcelaciones comentadas anteriormente. Aquellas personas llegaron a la Zona Bananera para realizar acompañamientos a los parceleros, luego de que estos recibieran tierras. Su objetivo consistió en instruir a los incorporados en diferentes cultivos que generaran rentabilidad y retomar las producciones que tenía la región cuando estaba la United Fruit Company. Este momento es fundamental para entender cómo han confluído diversos saberes en torno al manejo de recursos, que han sido recibidos, apropiados, negociados y en algunos casos disputados por los campesinos zoneros. Para ilustrar la labor de aquellos funcionarios con los parceleros, quiero mostrar el comentario de Teresa Gómez, parcelera del campamento de Macondo:

Aquí hubo varios experimentos. Primero no sembramos porque yo me acuerdo cuando mi esposo decía que todavía no podían sembrar porque el gobierno, INCORA, mandó primero unos experimentos para saber, para hacerle análisis a la tierra a ver si los experimentos que iban a hacer producían como ellos querían. Tenían que mandar a hacer análisis a la tierra ¿Entiendes cómo es? Pero cuando produjeron como ellos querían que produjeran, fue cuando salió el primer banano, porque aquí sembraron oca. Los experimentos fueron de algodón, maíz, maní, ajonjolí, y luego vino Oca. Oca era como un platanito, un guineíto así. Hicieron varios experimentos, melón, hicieron varios experimentos, y todo eso producía la tierra en ese experimento que estaban haciendo ellos. Después mandaron fue la siembra de banano, la primera siembra que nos pidieron fue banano (Fragmento de entrevista a Teresa Gómez, enero de 2014)

Como lo relata aquella incorporada, hubo representantes del INCORA que exploraron la tierra y probaron los cultivos en cada parcela, de la mano de los parceleros, con el objetivo de determinar qué producción era viable. Allí, aquellos funcionarios probaron arroz y algodón en las tierras, pero estos no generaron los niveles de producción esperados. Así, los

campesinos comentan que el INCORA tomó la decisión de retomar las producciones bananeras en la región, tal como la United Fruit Company lo había dispuesto. Esta decisión extendió, renovó y mantuvo los monocultivos de banano y palma aceitera en la Zona Bananera.

Los parceleros cuentan que estas pruebas realizadas por representantes del INCORA estuvieron acompañadas de cursos hechos por docentes del SENA. Estos cursos abordaron temas como el manejo de monocultivos, la preparación de la tierra, el uso de químicos y la comercialización que debían realizar los campesinos, una vez recogieran las producciones. Por cada curso, a los parceleros les asignaron diplomas que certificaban el aprendizaje de estos conocimientos institucionales sobre el trabajo en la tierra y las producciones allí. De esta manera, los campesinos dialogaron con saberes técnicos al tiempo que en sus tierras colocaban en práctica las instrucciones de los funcionarios del INCORA, quienes estaban probando la rentabilidad de las producciones y el trabajo campesino.

Es importante resaltar que el INCORA estableció los momentos en que los parceleros debían sembrar, qué cultivos podían tener y de qué manera debían manejarlos. Y además probó tanto la tierra, el agua y las semillas, como el trabajo campesino en el lugar. Esto generó una confluencia de diferentes saberes: por un lado, están los conocimientos y aprendizajes campesinos adquiridos en las variadas experiencias de vivir en la Zona, los cuales han conformado saberes sobre los cultivos que se pueden sembrar allí, cómo es la tierra y cómo debe trabajarse; por otro lado, se encuentra el conocimiento académico e institucional de los funcionarios del SENA y el INCORA, quienes tomaron muestras de los suelos, establecieron variedad de cultivos que se podían sembrar allí y colocaron su productividad a prueba. En este punto, el conocimiento institucional fue utilizado para tomar las decisiones sobre cómo debían manejar las parcelas aquellos campesinos, priorizando saberes académicos sobre los locales. Además, aquellos conocimientos institucionales fueron instruidos a los parceleros para que los apropiaran y trabajaran en la tierra con base a ellos.

Sin embargo, paralelo a las pruebas y decisiones que estaban realizando los trabajadores del INCORA, los parceleros también ejercieron diferentes prácticas en el territorio correspondientes a formas tradicionales de trabajar la tierra, las cuales se basaron en sembrar cultivos que previamente habían trabajado. De esta manera, algunos campesinos

recuerdan que en esa década de los 70's sembraron aguacate, mango, plátano, yuca, limón, papaya, melón, sapote e incluso hubo algunos que tuvieron reses en sus parcelas. Estas producciones convivían simultáneamente con las pruebas que hizo el INCORA, lo que evitó que varios de los parceleros perdieran sus tierras, puesto que gran número de incorporados solicitaron préstamos de dinero y quedaron endeudados con la Caja Agraria. Así, aquellas alternativas al conocimiento institucional constituyeron para los campesinos la opción para sobrevivir y permanecer en el territorio.

Posterior a la presencia de funcionarios del INCORA y docentes del SENA, en la actualidad se han presentado otros momentos de confluencia de saberes. Estos se encuentran relacionados con la asistencia de campesinos, o algunos de sus familiares, a capacitaciones de entidades o a instituciones de educación superior. Allí, estas personas han sido instruidas en temas sobre optimización del manejo del agua o del espacio en sus parcelas, con el fin de generar mayor producción. Para analizar esto, quiero retomar la narración del parcelero Mario Arias, en el campamento de Agustina, quien comenta cómo se han presentado algunas de estas enseñanzas:

Yo estuve en dos capacitaciones en Bogotá cuando se manejó a nivel de distritos de riego. Nosotros estábamos asociados a una asociación de distritos de riego de aquí del país que funciona en Bogotá. Todo distrito de riego está afiliado a la Federación de Riego, entonces cuando dan una capacitación de esas cada distrito tiene invitación para llevar a unos miembros. Yo fui. Fueron capacitaciones de manejo de tierra, manejo de distritos, cómo darle, por lo menos, mejor uso al suelo y al agua (Fragmento de entrevista a Mario Arias, junio de 2014)

La Federación de Riego a la que Mario hace referencia es FEDERRIEGO (Federación Nacional de Usuarios de Distritos de Adecuación de Tierras). Esta es una organización privada gremial, la cual se encarga de administrar parte de los distritos de riego del país. Según sus políticas de gestión, su objetivo consiste en generar “alternativas competitivas y sostenibles de las actividades productivas de los Usuarios” (FEDERRIEGO 2013). Algunas de las capacitaciones que gestiona están orientadas a la adecuación de tierras y recursos naturales, en los que orienta a “los Usuarios” a emplear técnicas y métodos eficaces sobre el uso de agua, abonos y cultivos. En el caso de la Zona Bananera, los parceleros cuentan que estas capacitaciones les han instruido en saberes sobre la distribución de las plantas en cada hectárea de su parcela, para poder establecer cuánta agua deben utilizar y cómo deben

manejarla de acuerdo a cada cultivo que dispongan. El hecho de que los parceleros sean integrados a este tipo de encuentros y espacios de difusión de conocimiento científico, genera una transmisión de conocimientos institucionales y establece apropiaciones prácticas de estos saberes para dirigir el uso y manejo de recursos en sus parcelas. Esto configura una legitimación de ciertos saberes dentro de los discursos de los parceleros, a partir de certificaciones de las entidades que los instruyen y respaldan.

Para complementar lo anterior detallaré otra situación, puesto que aquellas justificaciones, que conforman varios discursos campesinos, también son frecuentemente mencionadas al momento de explicar maneras de sembrar. Por ejemplo, los campesinos en Zona Bananera, al menos en algún momento de sus vidas, han convivido con los cultivos de banano. Ellos conocen que las plantas de aquel cultivo no pueden estar sembradas a una distancia menor de 1,50 m entre estas, puesto que si las hojas quedan estrechas entre sí, no les va a llegar suficiente luz a los tallos, a los racimos ni a la tierra. Tampoco pueden sembrar las plántulas a distancias muy amplias porque no habría sombra, la tierra se secaría rápido, lo que implicaría regar más seguido. Además, en una parcela, quedarían pocas plantas que no lograrían ser rentables para los campesinos. Es así que algunas personas han realizado los surcos de tal manera que las plantas queden ubicadas en triángulo, con el propósito de aprovechar cada espacio en la tierra, conservando la distancia suficiente para que cada parte de las plantas reciba luz y nutrientes del suelo, a la vez que se genera la sombra necesaria para la tierra. En aquella situación existe un cúmulo de aprendizajes provenientes de múltiples actores: por un lado, se encuentra la experiencia cotidiana de cada parcelero en la que han visto que las plantas sembradas muy juntas no crecen de la misma manera; también están las diferentes socializaciones entre vecinos y familiares que aconsejan cómo distribuir los surcos y las plantas; además se hacen presentes las capacitaciones y asesorías institucionales en las que son establecidos porcentajes y cifras de la cantidad de producción que debe generar una parcela semanalmente para ser rentable. Sin embargo, en el discurso de los parceleros, en el que explican por qué siembran el banano en triángulo, se resaltan capacitaciones empresariales o de instituciones como el Instituto Colombiano Agropecuario ICA, que conllevan en sí aprendizajes académicos los cuales se priorizan ante otros conocimientos. En estas situaciones se refleja cómo el conocimiento campesino es ordenado

en los discursos de los parceleros, donde son legitimados algunos conocimientos empresariales o de instituciones educativas.

En un sentido amplio, tanto el relato de Mario Arias como la situación que expuse de los conocimientos frente a la siembra de banano, reflejan una jerarquización de saberes en los discursos de los campesinos sobre el manejo de recursos. Para analizar esto, quiero retomar uno de los planteamientos de Boaventura de Sousa Santos, quien expone que cada conocimiento constituye una práctica de saberes sobre la sociedad y la naturaleza. La relación entre diferentes conocimientos establece jerarquías entre ellos, y allí saberes y prácticas de se complementan, otros que se contradicen y se disputan (De Sousa Santos 2010). Teniendo este planteamiento como referencia, es preciso argumentar que aquellos momentos de confluencia, a partir de proyectos educativos, han convergido múltiples conocimientos sobre el manejo de recursos en las parcelas de los campesinos en Zona Bananera. Allí, las certificaciones académicas e institucionales de dichos conocimientos, han generado que los parceleros prioricen en sus discursos unos conocimientos sobre otros, construyendo jerarquizaciones en los saberes. Los proyectos mencionados han difundido su orientación y control de prácticas en el territorio a partir de esos conocimientos y de la constitución de jerarquías de saber.

Sin embargo, en la práctica y la experiencia de cada parcelero, estos múltiples saberes, intervenciones, ideas sobre el manejo de recursos en el territorio, son puestos en práctica para aprobarlos o rechazarlos. Así lo expone nuevamente Mario:

Mis hijos de por sí saben porque ellos son técnicos agropecuarios, tenían que enseñarme ellos a mí porque ellos sí lo estudiaron y yo lo he aprendido es sobre la práctica, sobre el cultivo. Ellos sí porque ellos lo estudiaron. La diferencia [entre ambos conocimientos] es la experiencia, es la práctica. Una cosa es verla en el libro y otra cosa es ponerlo en práctica, ahí es donde se demuestra si funciona o no (Mario Árias, junio de 2014)

El comentario de Mario expone que las jerarquías de conocimiento son probadas y cuestionadas en la práctica, en la relación directa con el territorio, por parte de los campesinos. Puede haber variedad de capacitaciones, enseñanzas estatales y privadas, disciplinas universitarias que instruyen a los parceleros o sus familiares en el uso de la tierra, el agua, las semillas, los cultivos, las materias primas y el dinero; pero al momento de verificar todos aquellos saberes en el territorio, estos adquieren validez, rechazo o se integran

a otras prácticas. Aquí las disputas y negociaciones por el acceso a los recursos naturales y económicos toma forma y se materializan, puesto que las decisiones y acciones de los parceleros en la tierra, finalmente, son las que establecen los beneficios que recibirán las instituciones estatales o educativas, las empresas y los bancos que están interviniendo en el territorio.

Así, aunque funcionarios del Estado, asociaciones privadas e instituciones de educación superior han estado permanentemente dirigiendo y orientando el manejo de recursos, por medio de la inducción de saberes sobre el manejo del suelo, el agua, las semillas, los cultivos, los químicos, las materias primas y el dinero, esto ha complementado la red de aprendizajes y conocimiento campesino. No es posible considerar a los parceleros como simples receptores de información, ellos han demostrado que aceptan, cuestionan, refutan, apropián y/o disputan cada una de esas intervenciones educativas. El siguiente comentario de Gerardo Gutiérrez, un parcelero del corregimiento de Río Frío, lo explica mejor:

Si yo sé un trabajo y otro me explica, bueno, pues para mí mejor porque me está dando más ideas. Entonces a veces hay señores que saben más, y uno que está en el campo, creo que a veces es más el que sabe [...] Hay muchos tipos que vienen y me explican: “mira hombre, Gerardo, es así, así, así” Bueno, pa’ mí mejor porque tengo más herramientas ¿Ya? Y si yo no sé, entonces yo me dejo llevar de esas personas (Gerardo Gutiérrez, octubre de 2014)

Como lo presenta el señor Gerardo, los múltiples saberes y enseñanzas que llegan a los parceleros se convierten en herramientas para utilizar los recursos y manejarlos. No pasa que los campesinos consideren alguno de esos saberes como verdad absoluta o guía de uso, lo que sucede es que todos aquellos conocimientos van integrando formas de relación con el territorio, y esto es lo que les permite a los parceleros tomar decisiones frente a qué siembran, cómo lo hacen, cómo manejan la tierra y el agua, qué le aplican, cómo direccionan su trabajo allí. Lo anterior no niega que las intervenciones educativas tienen una gran influencia en el manejo de recursos, sobre todo porque las jerarquías de conocimiento direccionan parte de las acciones sobre estos. Lo que me interesa resaltar es la red de aprendizajes que poseen las personas en Zona Bananera, que evita que las intervenciones educativas al conocimiento campesino se establezcan de manera unidireccional y sean completamente aceptadas al momento de ejercerse en cada parcela.

En síntesis, este tercer punto de confluencia hizo referencia a momentos en los que convergen diferentes saberes y conocimientos locales, académicos e institucionales, a partir de intervenciones educativas realizadas por instituciones estatales y asociaciones. Aquella confluencia ha negociado y disputado la creación y orientación de usos y manejos de los recursos naturales y económicos que poseen los parceleros en Zona Bananera. Allí, los campesinos han tejido aprendizajes en la tierra, donde han recibido enseñanzas sobre formas de producción, manejo de semillas, cultivos y químicos. Esta confluencia de saberes se ha presentado en dos momentos: el primero corresponde a enseñanzas, instrucciones y capacitaciones realizadas por el INCORA y el SENA, donde fue probada la tierra y el trabajo campesino para establecer qué cultivos eran rentables en las parcelas incorporadas. Aunque los campesinos aceptaron aquellas enseñanzas, también realizaron otras prácticas en sus parcelas para sobrevivir en ellas y no perderlas por deudas y compromisos; el segundo momento estuvo relacionado con conocimientos campesinos que son confrontados, reconfigurados y negociados cuando los parceleros asisten a capacitaciones en entidades o cursos de educación superior. Allí han sido legitimados saberes institucionales sobre el manejo del agua y la distribución de los cultivos, pero aquella jerarquía es confrontada en las prácticas realizadas en la tierra, donde los diferentes saberes son probados, aceptados o refutados.

- *Punto de confluencia #4: relaciones comerciales entre parceleros y empresas*

Nosotros hacíamos reuniones, íbamos hasta Santa Marta para ver si el gobierno podía conseguir un mercado, porque es que nosotros aquí ¿A quién le vendemos? De las cosas fregadas de aquí del campo son los mercados, no tener a quien venderle lo que sacamos. Tiene que haber un mercado por lo menos, que le asegure a uno la compra del producto y a un precio un poco más o menos justo (Fragmento de entrevista a Juan Carlos Orozco, enero de 2014)

El señor Juan Carlos Orozco refleja en su comentario los reclamos de varios los campesinos en dicho municipio, y de gran parte del país en general. Este expone que una de las mayores problemáticas en el campo es que el campesinado no posee mercados en los que pueda vender sus producciones y, algunos espacios en los que puede hacerlo, no les ofrecen remuneraciones económicas que cubran los recursos que utilizaron en ello. A partir de esto, algunas empresas y terratenientes han manifestado supuestas intenciones de contribuir a solucionar aquel problema, integrando las producciones campesinas a sus producciones

empresariales para venderlas a mercados internacionales. Estos momentos han generado un conjunto de relaciones comerciales en las que se desarrollan disputas y negociaciones por el control de recursos naturales y económicos en el territorio zonero. Puntualmente, en dichas relaciones las empresas establecen regulaciones y normatividades frente al uso de la tierra, los cultivos, las semillas, el agua, la infraestructura en las parcelas, las materias primas y el dinero.

Aquí, el conocimiento campesino lo entenderé en otra línea diferente al punto de confluencia anterior. Me interesa mostrar la manera en que los campesinos, que a lo largo de su vida han convivido con empresas en el territorio zonero, son conscientes de las condiciones, implicaciones, riesgos, espacios de negociación y resistencia que constituyen las relaciones comerciales con estos actores. Es así que contemplaré dos partes específicas de la red de conocimiento campesino: en primera instancia, detallaré la manera en que aquel conocimiento se convierte en una herramienta que le permite a los parceleros tomar decisiones ante las condiciones de los vínculos comerciales; y en segundo lugar, dichas personas, al conocer la estructura de las relaciones comerciales, configuran instantes y espacios cotidianos en los que pueden vulnerar o suprimir las condiciones empresariales que regulan su trabajo en las tierras y distribuyen los recursos allí.

En este punto de confluencia se han generado dos espacios de relación entre empresas, terratenientes y campesinos: el primero de ellos consiste en vender las producciones campesinas directamente a empresas presentes en el territorio zonero; el segundo se basa en la conformación e integración de cooperativas, por parte de los parceleros, donde son juntadas las producciones y vendidas a empresas, algunas presentes en la Zona Bananera y otras extranjeras. A continuación desarrollaré cada uno de esos planteamientos, mostrando las tensiones, reclamos, aceptaciones y negociaciones entre campesinos y empresas en Zona Bananera.

Con respecto a las relaciones entre campesinos y empresas, construidas por medio de vinculaciones comerciales, Fabio Sierra relata nuevamente:

Yo le vendo el corozo a una fábrica, La Bella ¿No la ha oído nombrar? Hay varias fábricas, ahí hay una que se llama Padelma, allí hay otra, en Patuca que se llama Frupalma. Yo vendía ahí primero, después se pusieron muy demorados los pagos entonces me pasé para allá, entonces entraron a pagar bien, ya después se puso lo mismo. Allá tengo un sobrino, él es el

que pesa el corozo, entonces me dijo que por qué no me pasaba pa'llá, y ahí me pasé pa'llá (Fragmento de entrevista a Fabio Sierra, enero de 2014)

Al comentario de Fabio, se suma el de Mario Arias: “Nosotros buscamos la empresa, por lo menos, uno sabe que ella es compradora de banano y uno tiene el área -no yo tengo está área, necesito que me la visiten- y ya, ponen unas condiciones para ser contratada y ya, lo contratan a uno” (Fragmento de entrevista a Mario Árias, enero de 2014) Los comentarios anteriores detallan la forma en que los parceleros conocen las empresas, sus exigencias y los procesos de comercialización con cada una. Esto permite un rango de acción de los campesinos, en el que toman decisiones frente a la vinculación de sus producciones a empresas. Sin embargo, no se puede pasar por alto otro detalle importante en los comentarios anteriores, el cual corresponde a los condicionamientos que establecen las empresas para comprar las producciones campesinas. En aquel aspecto las empresas determinan: qué semillas deben usarse; cómo debe desarrollarse el proceso de cada cultivo; cuáles son los implementos que deben adquirir y emplear en las parcelas; cómo debe distribuirse infraestructuralmente los lugares; y la forma en que deben entregarles cada producción y el pago de las mismas. Para que las empresas compren las producciones campesinas, estas deben cumplir todo ello. Pero aquella relación comercial no permite de igual manera que los campesinos determinen condiciones ni exigencias a los terratenientes frente al uso de estos mismos recursos.

A pesar de ello, en los momentos de trabajo cotidiano en las parcelas, los campesinos han configurado negociaciones y alternativas frente a aquella regulación del manejo de recursos. Un ejemplo de eso son las diferentes prácticas que realizan los parceleros con la distribución infraestructural exigida por las empresas en cada parcela. Para puntualizar esto, quiero ahondar en el uso y manejo de las barcadillas en las fincas bananeras. Este es un estanque de agua, en forma de prima rectangular, en el que se deposita el banano luego de haber sido cortado para limpiarlo antes de ser empacado. Aquellas empresas con quienes los campesinos tienen negociada la compra de la fruta, exigen varios aspectos en torno a dichas barcadillas: en principio, estas deben poseer gran cantidad de agua que circule, la cual llega al comienzo del estanque y luego es mezclada con algunos químicos que limpian el guineo. Posterior a ese proceso, la barcadilla debe contar con un desagüe que saque el agua “sucia” fuera del espacio destinado para el corte y el empaque. Además, en los momentos de corte, las personas que se encuentran trabajando allí deben poseer implementos y vestuario específico, como

delantal de color blanco, gorro, tapabocas, guantes, y cuchillos de tamaños y formas específicas. Todas estas condiciones son supervisadas frecuentemente por trabajadores de las empresas. Quien no lo haga, no se le compra la fruta y es sancionado por un tiempo, dependiendo la cantidad de puntos que haya incumplido.

Aunque los campesinos aceptan aquella regulación y vigilancia del uso y manejo de estos recursos en sus parcelas, existen otros momentos (diferentes a los días de corte y empaque) en los que ellos transforman la disposición de dichos elementos en sus fincas. Así, las barcadillas en gran número de ocasiones se convierten en reservorios de agua, especialmente durante las sequías. El agua que allí depositan no solamente es usada en las labores de las parcelas, también la usan para lavar ropa o herramientas, incluso de allí extraen agua para cocinar y bañarse. Además, algunos de estos parceleros también han realizado diferentes prácticas de reutilización del agua que sale del lavado del guineo, como por ejemplo, utilizarla como fertilizante o abono de otros cultivos que tienen en sus fincas, por lo que ubican el desagüe de las barcadillas al lado de los cultivos o en lugares donde puedan recoger el agua fácilmente. Los implementos de trabajo como delantales, gorros, tapabocas y guantes son utilizados para otras labores en las parcelas, como cuando estas personas deben aplicar químicos a los cultivos, para evitar el contacto directo con la piel o la inhalación de estos implementos. Dicha infraestructura e implementos no están contemplados por las empresas para esas labores, pero los campesinos, a pesar de los cumplimientos que deben ejercer, redireccionan los múltiples condicionamientos que las empresas realizan sobre los recursos en sus parcelas. Así, cumplen con aquellos requisitos pero también adecuan estos elementos a sus labores del día a día.

La coyuntura de los campesinos en la que requieren vender sus producciones hace que estos se encuentren en una posición de aceptación y negociación de las condiciones en las que se presentan las relaciones comerciales con empresas. Así, las situaciones expuestas anteriormente indican cómo estas personas moldean y se ajustan a las regulaciones y condiciones empresariales impuestas. Por un lado, los parceleros conocen cómo establecer vínculos comerciales y las implicaciones que esto tiene, lo que hace que sus saberes les permitan tomar decisiones allí. Por otro lado, frente a las condiciones infraestructurales exigidas por las empresas para el manejo de recursos naturales y económicos, los campesinos

configuran múltiples usos de la infraestructura y el territorio, reorientando aquellas condiciones a las necesidades y actividades cotidianas.

Estos procesos de negociación y aceptación también han construido en los campesinos discursos que se expresan en el trabajo cotidiano pero no son manifestados frente a empresarios o terratenientes. En ellos se reflejan posiciones y resistencias, como lo expone Gregorio Sierra, un campesino en el campamento de Iberia:

Uno [de campesino] es el que trabaja y explora la tierra, es el que saca la cosecha, sabe si se adelanta y para rematar uno hasta le hace plata al dueño, al capitalista, porque uno es el que está viviendo allí. Uno es el que sabe si esa mata hay que desmacharla, si tiene florales y racimos, la mata hay que embolsarla, hay que hacerle la desviación de pollón, hay que hacerle todo, entonces hay que limpiarlo, hay que hacerle todo. Entonces uno es el agrónomo que está explorado la tierra, haciéndole plata al patrón, al capitalista, mientras que uno siempre está llevado. (Fragmento de entrevista a Gregorio Sierra, julio de 2014)

La narración de Gregorio expresa los reclamos que realizan algunos de los campesinos frente a las relaciones laborales y comerciales con terratenientes y empresas. Para analizar las situaciones anteriores, quiero retomar los planteamientos de James Scott, quien expone diferentes ideas sobre las prácticas públicas y privadas de los dominados, para analizar múltiples relaciones de poder, de subordinación, hegemonía y resistencia. Bajo este contexto, Scott comenta que las personas subordinadas tienen una vida más allá de las fronteras de la dominación. Así algunas de sus conductas son públicas y se realizan en momentos en que los dominantes les vigilan y subordinan, pero otras prácticas son ocultas, y se realizan en espacios en los que no son vigilados ni controlados. Con base a esto, expone el concepto e *infrapolítica*, que consiste en prácticas de resistencia cotidiana que realizan las personas dominadas, hechas más allá de las situaciones visibles por quienes establecen dominación y control (como si fuesen rayos infrarrojos) (Scott 2000). Las palabras de Gregorio Sierra, junto a las diferentes acciones de los campesinos frente al uso de la infraestructura impuesta por las empresas, pueden considerarse como una manera de infrapolítica. En la regulación que las empresas han establecido por medio de relaciones comerciales, donde han pretendido controlar el agua, los cultivos, el trabajo en la tierra y las infraestructuras en las parcelas, los parceleros han creado otros espacios donde transforman los usos y controles impuestos y adecuan estos recursos a sus prácticas cotidianas. Las percepciones campesinas en estas relaciones de poder en torno al acceso y manejo de recursos, constituyen otra parte de la red

de conocimiento campesino, la cual produce discursos y acciones de apropiación de su territorio, alternativas y resistencias frente a los diferentes actores que intentan controlar su trabajo y los recursos que poseen en él.

Un segundo momento en que los parceleros establecen vínculos con empresas se presenta cuando estos construyen o integran asociaciones y cooperativas. Para detallar y analizar estos momentos, quiero mostrar el siguiente comentario de Fabio:

La cooperativa de Guacamayal, que es como una alianza, vas a sembrar 10 hectáreas de corozo, entonces tú vas a allá y dices: -voy a sembrar 10 hectáreas de corozo, la tierra queda en tal parte- -¿Y la escritura?- -Aquí está- entonces te dan la semilla ya pa' sembrar, te dan una plata para el plateo [...] y entonces te dan los insumos, todo para que riegues y el fertilizante [...] luego que eso está en producción tú tienes que mandar el corozo para allá ¿Oíste? Luego te lo mandan, todo eso te lo reciben y te van descontando todo eso que te han dado, entonces te lo van sacando y te dan el saldo. Por decir una comparación, tu debes pongamos 20.000 pesos o 50.000, entonces te dicen: -bueno Angélica, debes aquí 50.000 pesos y el corozo dio 50.000, pero como tu estás debiendo entonces vamos a descontarte digamos 5000, y después otros 5000 hasta que pagues toda la deuda. Cuando ya pagues todo ya quedas libre y puedes vender donde quieras. (Fragmento de entrevista a Fabio Sierra, enero de 2014)

Fabio mencionó varios puntos sobre la relación de parceleros con asociaciones, los cuales me interesa detallar y analizar a profundidad. Para ello quiero retomar al autor Jesse Ribot, quien detalla que en las relaciones comerciales existen diversas relaciones de producción, intercambio, transporte y distribución. Todo esto conforma una cadena productiva, y allí diferentes actores acceden y se benefician de un recurso (Ribot 1998). En el caso de los parceleros en Zona Bananera, por medio de las asociaciones se ha formado una red de actores que proveen insumos para el trabajo en el campo, el manejo de cultivos y la constitución de las producciones, y aquellos actores se benefician de las producciones campesinas por dicha red. Esto conduce a afirmar que el trabajo en la tierra no solo destina recursos a los actores con quienes los campesinos establecen relaciones directamente (como las empresas bananeras o las extractoras de aceite) sino que estos benefician a toda una cadena productiva que accede al territorio por medio de asociaciones y alianzas.

En estos momentos de relaciones comerciales, donde los campesinos se vinculan a cooperativas y asociaciones, existen múltiples actores y empresas que acceden y se benefician del trabajo en la tierra y los recursos allí. Aquellas relaciones no son unidireccionales, pero las prácticas de los campesinos hacia las cooperativas y los actores

vinculados no establecen las mismas disputas, alternativas o resistencias que en las relaciones directas con las empresas que mostré en la primera parte de este apartado. Como lo expresó Fabio en aquellas relaciones de los campesinos con las cooperativas, los parceleros adquieren préstamos de dinero y deudas, lo que hace que se limiten los espacios de resistencia y disputa por las condiciones y el manejo de recursos. Para ahondar en esta idea retomaré a la autora Tracey Osborne. Ella plantea que los compromisos que adquieren los campesinos frente al mercado y las empresas por la producción de bienes y servicios, hace que ellos solo trabajen la tierra por cumplir los acuerdos y dejan de lado el beneficio propio (Osborne 2012). En parte los campesinos de la Zona Bananera que están vinculados a cooperativas realizan un trabajo permanente en la tierra por cumplir los acuerdos y saldar las deudas que tienen allí, pero esto no implica que supriman los beneficios personales que obtienen de usar el agua, el suelo y los cultivos. La principal forma que tienen los campesinos para relacionarse con el territorio consiste en habitar y trabajar la tierra. Su día a día se basa en vivir de aquella relación, caminando las parcelas, desarrollando labores necesarias para mantener el suelo, el agua y cada una de las plantas. Y por ello, cuando las parcelas están como ellos esperan, no existe una mayor satisfacción para estas personas. Es así que los compromisos y deudas que poseen con cooperativas y bancos no logran dejar de lado aquellos beneficios personales que poseen los parceleros al relacionarse con los recursos naturales. Lo que sucede es que los compromisos complejizan las disputas y reclamos que pueden ejercer los campesinos hacia las cooperativas o empresas, puesto que no logran establecer exigencias frente a los contratos comerciales o generar límites en la forma en la que los demás actores se benefician de sus parcelas y los recursos en ellas.

Aunque los compromisos y las deudas pueden ser un mecanismo que reduce las disputas frente al manejo de la tierra y los recursos en ella, no podemos pasar por alto el conocimiento de los campesinos sobre las implicaciones que conlleva su vinculación a cooperativas y empresas. En el caso del señor Fabio, él ha decidido no trabajar con cooperativas porque dice que han existido parceleros que han perdido sus tierras, al no poder saldar las deudas que tienen allí. Ellos saben que por cada préstamo que soliciten en cada producción, quedarán vinculados por un largo tiempo y, si no pueden responder a aquel compromiso, la cooperativa o la empresa va a quedarse con sus tierras o se las va a vender a otro campesino que las trabaje para ellos. Juan Carlos Orozco también lo expresó así: “lo

malo de esto fue que los ricos empezaron a comprarle a los campesinos, a los incorados, porque no había cómo sostener las fincas y las personas empezaron a vender.” (Fragmento de entrevista a Juan Carlos Orozco, enero de 2014).

Este comentario muestra cómo las relaciones comerciales no solo se prestan para que empresas y terratenientes ejerzan vigilancia y condicionamiento sobre los recursos que manejan los campesinos, sino que también constituyen un mecanismo para desposeer a todo aquel que no cumpla con ello. Es así como las deudas y los compromisos que los parceleros adquieren en las relaciones comerciales, suprimen y aminoran las disputas que pueden realizar frente al manejo del agua, el suelo, los cultivos, las semillas, los químicos y su dinero. Asimismo, las experiencias y situaciones pasadas, de compañeros, vecinos y familiares también complementan el conocimiento campesino y la consciencia frente a las implicaciones que conlleva la vinculación de las producciones campesinas a cooperativas y empresas.

Sin embargo, también existen gran número de parceleros que han estado trabajando con asociaciones en “mercados justos”, quienes resaltan algunas ventajas de mercado y comercialización de producciones campesinas. Estas personas han comentado que allí, voluntariamente, grupos de campesinos juntan sus producciones y establecen contratos con empresas multinacionales que les compran sin intermediarios ni intervenciones estatales. Un ejemplo de esto es la cooperativa de campesinos productores de banano de Rio Frio. Esta fue conformada a finales del siglo XX por un grupo de 27 parceleros de aquel corregimiento, quienes unieron sus producciones de banano para venderlas a Expocaribe y Banamar, empresas que transportan y venden la fruta a Estados Unidos. Los parceleros les venden cajas de 20 kilos, entre 5 y 10 dólares cada una; en cambio cuando venden una caja como campesinos independientes en supermercados Éxito o empresas como Dole, reciben entre 10000 y 15000 pesos. La diferencia radica en que el precio del dólar cambia y existen posibilidades de ganar más dinero con el paso del tiempo, si venden las producciones en dólares a través de las cooperativas. Aquellos parceleros de Rio Frio comentan que entre las opciones de comercio de sus producciones, la mejor es la asociación de campesinos en cooperativas con mercados justos, aun cuando están supeditados a acuerdos comunes tanto

al interior de la asociación como requisitos impuestos por las empresas con las que comercializan el banano.

A modo de conclusión de este cuarto punto de confluencia, las relaciones comerciales en Zona Bananera conllevan a que empresas regulen y vigilen el uso que los parceleros hacen de los recursos en sus tierras. Esto genera que los campesinos establezcan negociaciones, respuestas y resistencias por el manejo y beneficio del suelo, los cultivos, las materias primas y el dinero. Al respecto se presentan dos situaciones: [1] momentos en que los campesinos se vinculan a empresas que les exigen condiciones de manejo y distribución de los recursos en las parcelas. Aquí, los parceleros generan usos alternativos de los recursos, ejerciendo prácticas infrapolíticas; [2] integración a asociaciones y cooperativas, en las que existen cadenas de beneficios que permiten el acceso de innumerables actores a los recursos naturales y económicos de los parceleros. Al tiempo los campesinos adquieren deudas y compromisos que limitan las disputas y reclamos que pueden realizar ante las empresas. En este último aspecto, los campesinos configuran su conocimiento alrededor de la conciencia sobre las implicaciones que tiene la vinculación a cooperativas y empresas, en las que se pueden presentar despojos de tierras, pero también puede ser la mejor opción de comercialización de las producciones campesinas. A continuación, ligaré todo anterior al análisis sobre la manera en la que las políticas públicas crean herramientas para que instituciones estatales, empresas y terratenientes ejerzan prácticas de control sobre el territorio zonero.

- *Punto de confluencia #5: críticas y resistencias campesinas a proyectos de instituciones estatales*

Un último punto de confluencia que quiero abordar consiste en los momentos en que han convergido múltiples saberes y prácticas en la tierra de los campesinos, a partir de la ejecución de proyectos por parte de instituciones estatales. En la Zona Bananera, representantes de las alcaldías locales y funcionarios del Ministerio de Agricultura han ejecutado proyectos como patios productivos y alianzas productivas. Por medio de estos, han buscado dirigir el manejo de la tierra, las semillas y los cultivos, ofertándolos como una opción para que los parceleros puedan mejorar y aumentar sus producciones e ingresos económicos. Lo anterior muestra otra cara del conocimiento campesino la cual consiste en la

creación y consolidación de posturas y prácticas críticas alrededor de aquellos proyectos que intervienen en los parceleros zoneros.

En los dos puntos de confluencia expuestos, detallé: [1] la manera en la que intervenciones educativas generan enseñanzas y aprendizajes en los campesinos, para controlar y dirigir el uso de recursos; y [2] la forma en que las relaciones comerciales han hecho que las empresas vigilen y condicionen el manejo y la distribución de las parcelas, su suelo, el agua, las semillas, los cultivos, los químicos y las materias primas. Además, en cada uno de esos puntos analicé cómo el conocimiento campesino se ha construido en diferentes niveles, lo que le ha permitido a los parceleros aceptar, negociar y resistir aquellas múltiples intervenciones de diferentes actores. En este tercer punto quiero analizar los proyectos que permean todo lo anterior, puesto que configuran herramientas para que las empresas, los terratenientes y las instituciones educativas controlen, dirijan, vigilen, regulen y condicionen el uso y manejo de recursos económicos y naturales en Zona Bananera.

En primer lugar, el proyecto de los patios productivos, cuentan los campesinos, consistió en utilizar y aprovechar parte del espacio en las casas para disponer la tierra hacia huertas y cultivos caseros. La gran mayoría de personas en la región durante su vida allí han sembrado árboles frutales en sus casas, tales como naranjos, cocos, mangos, guanábanas y papayas, también han sembrado hortalizas y plantas medicinales. Así, las casas y sus patios se han dispuesto como una manera de apropiación del territorio, donde pueden manejar la tierra y usar los recursos para el beneficio local. Según los relatos de varios parceleros el proyecto de patios productivos llegó a ellos proponiéndoles impulsar y aprovechar estos espacios en sus casas para contribuir a mejorar el acceso a alimentos, y que las personas también pudiesen comercializar las producciones a mercados locales y regionales.

Este proyecto se llevó a cabo desde el 2014 y fue transmitido por medio de funcionarios de la alcaldía local, quienes dispusieron, en corregimientos de la Zona Bananera, sus gestiones de inscripción, capacitación y asignación de semillas y materiales. Aunque este momento de confluencia comparte aspectos con los momentos del punto de confluencia de educación, no lo detallé en aquel apartado puesto que los campesinos no se refieren a este como un momento en el que aprendieron formas de manejo de los recursos, sino como un proyecto de la alcaldía que no funcionó como ellos esperaban.

El dinero de este proyecto provino de empresas extractoras de aceite presentes en la región, como Padelma y Frupalma. Estas empresas, por medio de su responsabilidad social empresarial, financiaron los patios productivos para compensar a la gente por no utilizar la tierra para la producción de alimentos sino para la extracción de aceite. Según esto, los patios productivos podrían remplazar aquellos alimentos que requieren las personas en su consumo cotidiano.

Los campesinos cuentan que después de haber dispuesto los patios de sus casas para este proyecto, en los que picaron la tierra, la abonaron, organizaron los surcos, las estacas y la malla para delimitar los cultivos; sembraron las semillas que les regalaron (las cuales vienen modificadas genéticamente) y estas no produjeron allí. Todo el proyecto dejó en la mayoría de los patios el lugar dispuesto pero sin plantas. Ante esto se generaron dos reclamos: el primero consistió en exigirle a los funcionarios gestores del proyecto semillas que logran producirse en la tierra; el segundo remonta nuevamente a la época del INCORA, para exigirle a las entidades estatales la ejecución de los proyectos tal como lo realizaba aquella entidad.

Sin embargo, es indispensable comentar que los campesinos agricultores que reciben estos proyectos, desde el primer momento de inscripción, saben que estos no suelen ejecutarse de la manera en que son vendidos. Estos no responden al manejo de recursos que los campesinos han llevado a cabo en sus casas y en sus parcelas, tampoco a las semillas que usan ni a los alimentos que consumen en su día a día. Los campesinos, por experiencia en todo el contexto que he descrito de la Zona Bananera, conocen que las empresas destinan un dinero en lo que llaman Responsabilidad Política Empresarial, con el objetivo de mostrar ante los gobiernos locales, departamentales y nacionales, que están en el territorio por el beneficio de este y están apoyando a la población local en su desarrollo. Pero estas personas han vivido las innumerables veces en que estos proyectos se limitan a la asignación de dinero, y no a la comprensión holística de las relaciones entre pobladores y territorio. Por ello, su ejecución se queda corta ante las pretensiones expuestas inicialmente. A pesar de ello, los pobladores locales se han apropiado de los recursos y las capacitaciones que se ofrecen en proyectos como los patios productivos para continuar construyendo y reconstruyendo las relaciones con la tierra, las semillas, los cultivos, el agua y las infraestructuras locales. De

esta manera se construyen críticas y reclamos a los proyectos políticos, con base a la construcción del conocimiento campesino sobre el manejo de la tierra.

En segundo lugar, en este apartado quiero hacer referencia al programa de Alianzas Productivas. Estas hacen parte de un proyecto creado en el marco de los Instructivos de Desarrollo Rural en Colombia, 2013-14, el cual consiste en generar “apoyos” a pequeños productores para que produzcan determinados cultivos, organicen conjuntamente sus producciones en torno a “capacidades empresariales”, y comercien con aliados específicos (MINAGRICULTURA 2012). En el caso de los parceleros en Zona Bananera, las Alianzas Productivas estuvieron encaminadas a que varios parceleros sembraran palma de aceite y que, entre todos, logaran igualar las producciones de empresas y terratenientes. Los parceleros que se acogieron a este proyecto realizaron un acuerdo con representantes del Ministerio de Agricultura, el cual consistía en que comprarían cada plántula en 5000 pesos, recibían 3 millones de pesos para los primeros tres años en que los que la palma no genera fruta, y el ministerio conseguiría un “aliado” que les compraría la producción. Quienes hicieron el acuerdo, recibieron plántulas modificadas genéticamente, no obtuvieron el subsidio de dinero pero si quedaron “aliados” con Asopalmar, que es la empresa con la que se estableció el vínculo para que les comprara la producción.

Este ejemplo de alianzas productivas constituye una serie de eventos en los que confluyen poderes en torno al manejo del territorio. El proyecto se comenzó a ejecutar cuando los terratenientes debían generar, a un plazo de 5-7 años, la renovación de sus cultivos de palma, puesto que no corresponden a las demandas actuales del mercado de extracción de aceite. Estos cultivos actuales llevan alrededor de 15 años, a los cuales les quedan aproximadamente 5 años de producción, y son plantas que tienen entre 10 y 12 metros de altura, lo que constituye mayor dificultad en la recolección del corozo. Las plantas modificadas genéticamente empiezan a generar corozo a los 4-5 años de estar sembradas, su altura máxima es de 3-4 metros, y genera más corozos por cosecha. Así, en 5 años, cuando los terratenientes tengan que cambiar el cultivo de palma y las empresas no puedan extraer producción de aquellas fincas mientras resiembran, los parceleros que entraron en las alianzas productivas estarán recogiendo las primeras cosechas de los cultivos con las actuales modificaciones genéticas. Lo anterior hace que las empresas no decaigan en sus índices de

producción mientras sus fincas o las de los terratenientes no generen corozo, es decir, los campesinos estarían sosteniendo a las empresas. A eso se suma que para un parcelero no es rentable tener 3 y 5 hectáreas de corozo cuando adquirió deudas por 5 años en las que no hubo producción. Así, el resultado de esta política en Zona Bananera fue extender palma africana por el territorio, para mantener las producciones empresariales de extracción de aceite.

En medio de esas situaciones, aquellos parceleros que sembraron gran parte de sus parcelas con plantas modificadas, comenzaron a realizar prácticas en sus tierras que, en teoría, no se pueden hacer cuando hay palma africana. Existe el rumor que la palma hace que la tierra quede completamente seca y no permite que sean sembrados otros cultivos. Además, el tamaño de sus hojas hace que el sol no llegué directamente a la tierra entre planta y planta. Sin embargo, estas personas utilizaron los espacios entre palma y palma y sembraron cultivos de pancoger, tales como yuca, plátano, melón y ahuyama. Aquellos campesinos comentan que deben sembrar estos otros cultivos para “vivir de algo” mientras la palma comienza su producción. Aún no saben si, cuando el corozo deba ser cortado, ellos lograrán conservar estas otras plantas en medio de la palma, porque temen que cuando la fruta caiga, destruya el resto de cultivos. Sin embargo, estas prácticas configuran otra manera de infrapolítica (Scott 2000), puesto que los campesinos están construyendo resistencias en espacios invisibles para aquellos poderes que los permean. De ese modo, aquellas personas construyen diversos espacios de alternativas de vida y permanencia en el territorio, en los que crean diferentes opciones de acceso a recursos y supervivencia en sus parcelas.

En la situación generada por las Alianzas Productivas, también hubo campesinos que tomaron la decisión de no hacer parte de ese proyecto político. Las posturas críticas sobre esto, son relatadas por Fabio Sierra:

Allá en Frupalma fue que me dijeron, una doctora, cachaca ahí, me dijo: -oiga- (porque como nos habíamos mudado varios para allá, habíamos como 15, así de la misma cantidad de tierra que tengo yo, otros tenían 8, otros 6, otros 5 y así) un día nos dijo -bueno (nos dio un libro a cada uno) lean este libro y vamos a hacer una alianza- yo lo traje lo leí detenidamente una vez, lo leí otra vez y otra vez, lo leí como tres veces, se lo mostré a una hermana también y ella me dijo -no no te metas ahí- y yo le dije: -no, si yo no me voy a meter ahí- Se lo mostré a unos sobrinos y ellos me dijeron: -oiga, no se meta en eso que eso no le conviene a usted- y yo les dije: -les pregunto a ustedes para ver qué opinan- bueno y llegó el día de ir otra vez a la reunión. Yo le dije: -doctora, con todo el respeto que usted se merece pero yo no voy a

hacer la alianza- Ella me pregunto:-y ¿Por qué?- A lo que yo le dije: -Porque no me sirve, no me conviene- Y entonces los demás también dijeron lo mismo. Esto lo he hecho yo a pulso mío (Fragmento de entrevista a Fabio Sierra, enero de 2014)

La postura crítica de las personas frente a los proyectos que intervienen en ellos, también es construida colectivamente, por medio de apreciaciones y respaldos de familiares, amigos y vecinos. Estas personas configuran parte de la red del conocimiento campesino, al aconsejar y compartir experiencias que sirven de base para generar posturas sobre los proyectos productivos. Así, las ideas y percepciones de las personas, sobre de las instituciones del estado y los proyectos que estos generan, responden a análisis personales y colectivos en los que se contemplan múltiples experiencias, saberes y decisiones, con el objetivo de establecer la forma en la que todos los actores pueden acceder al territorio.

Este último punto de confluencia hizo referencia a momentos en los que convergen saberes y prácticas en la tierra por medio de la ejecución de proyectos de instituciones estatales en la Zona Bananera. Puntualmente, analicé los proyectos de patios productivos y alianzas productivas, que han sido ejecutados para dirigir y orientar el uso y manejo de la tierra y los recursos que poseen los parceleros. Ante estos proyectos, los campesinos han construido posturas críticas, resistencias y disputas, en las que reconfiguran sus apropiaciones y relaciones con el suelo, las semillas, las plantas, los alimentos y el agua. Lo anterior también hace parte de la construcción del conocimiento campesino.

En la segunda parte de este primer capítulo analicé tres conjuntos de momentos en la Zona Bananera, donde han confluído relaciones entre campesinos, entidades educativas, estatales y empresariales, en torno al uso y manejo de recursos naturales y económicos. En aquellas confluencias se han presentado múltiples prácticas de control en el territorio, y el choque entre estas ha generado disputas, tensiones y negociaciones por el acceso a la tierra, el agua y las producciones campesinas. Estas situaciones se reflejan en: los proyectos educativos que han intervenido el conocimiento campesino para orientar el manejo de recursos; las relaciones comerciales entre campesinos y empresas, mediadas por restricciones y regulaciones frente al manejo de los recursos y las infraestructuras en las parcelas; y la ejecución de proyectos políticos para orientar y controlar el uso del territorio por parte de los parceleros. En aquellos momentos, el conocimiento campesino ha sido intervenido para llevar a cabo aquellas orientaciones, regulaciones, controles, enseñanzas y restricciones, lo

cual pretende delimitar el acceso de estas personas a los recursos con los que conviven. Pero dicho conocimiento también se ha configurado como una herramienta que posibilita disputar, resistir y negociar las intervenciones mencionadas.

El conocimiento campesino sobre el trabajo en la tierra y el manejo de recursos se ha construido por medio de una confluencia de relaciones entre campesinos, entidades educativas, estatales, empresariales y bancos. En aquella confluencia, cada actor ha construido prácticas de control en el territorio, para orientar el uso y manejo de la tierra, el agua, las semillas, los cultivos, los alimentos, las herramientas, el dinero y las infraestructuras locales. El choque de estas múltiples prácticas de control ha producido negociaciones, tensiones, disputas, reclamos y resistencias por parte de los campesinos. Todo este contexto, muestra que el conocimiento campesino sobre el trabajo en la tierra es una red de diversos saberes, aprendizajes, experiencias, controles y críticas frente al acceso a recursos que poseen los parceleros en Zona Bananera. Sin embargo, este conocimiento no es etéreo, las disputas y negociaciones no están en el aire y no se limitan a los discursos de los diferentes actores. Todos estos saberes se materializan, toman forma y se reproducen en el trabajo en la tierra. Este será el eje analítico del siguiente capítulo.

CAPÍTULO 2

“ESTO LO LLEVA UNO EN EL ALMA”: conocimiento campesino, trabajo en la tierra y valoraciones a los recursos naturales



Imagen 1: Campesino zonero observando cómo quedaron sembrados los palos de yuca. Fotografía tomada por Laura Angélica Sánchez Alayón, junio de 2013

El conocimiento campesino es una red que se teje desde diferentes saberes. Como analicé en el capítulo anterior, instituciones como el SENA y el INCORA, empresas bananeras y extractoras de aceite, gobiernos locales e instituciones de educación superior, les han enseñado a los parceleros en Zona Bananera cómo sembrar y utilizar el agua, de qué manera manejar semillas, químicos y dinero. Estos parceleros han integrado los saberes de todas aquellas enseñanzas a otros conocimientos que han adquirido a lo largo de su vida, como los aprendizajes que han recibido de familiares y vecinos, u otras experiencias que han vivido en sus parcelas. Así, las enseñanzas de entidades no solo se han aceptado, también han sido objeto de disputas y reclamos por el control de recursos que han buscado establecer en Zona Bananera. De esta manera, mostré que el conocimiento campesino es una red que se teje desde diferentes actores, experiencias y relaciones. Ahora, lo que me interesa abordar en este segundo capítulo consiste en analizar cómo toda esta red de conocimientos campesinos se produce, reproduce, toma forma y se materializa en el trabajo en la tierra. En relación con esto, expuse la foto anterior para mostrarle al lector cómo se plasma el trabajo en la tierra y la relación que los parceleros poseen con los recursos.

El argumento central de este capítulo consiste en que los diferentes saberes campesinos sobre el manejo de recursos naturales y económicos son representados en el trabajo en la tierra. Allí son configuradas historias, herencias, experiencias cotidianas, socializaciones, diferentes formas de habitar las parcelas, aprendizajes y actividades en el día a día, relacionadas con el agua, el suelo, las semillas, los cultivos, las herramientas, los químicos y el dinero. Todo esto construye en los parceleros diferentes valoraciones hacia la Zona Bananera en general, configurando significados, sentidos de pertenencia, arraigos y relaciones sociales. En síntesis, el conocimiento campesino, representado en el trabajo en la tierra, construye valoraciones sociales al territorio.

Para realizar aquel análisis retomaré algunos planteamientos de Stuart Hall sobre representación. Este autor plantea que la gente permanentemente está interpretando el mundo y para ello crean conceptos e ideas que les permiten establecer categorías de interpretación. Estas categorías son comunicadas a las demás personas, y allí son necesarias palabras, sonidos e imágenes, las cuales expresan las ideas que se construyen del mundo. Así, dicho autor afirma que “la representación es la producción de sentido de los conceptos en nuestra mente mediante el lenguaje” (Hall 2010, 147 y 148). Mi intención, al retomar a Hall, consiste en mostrar que el conocimiento campesino es una red de conceptos e ideas sobre cómo se pueden manejar los recursos. Para transmitir, plasmar y recrear estos conceptos, los campesinos se expresan por medio del trabajo en la tierra, que se compone de prácticas y relatos en sus parcelas. Así, dicho trabajo representa la red de conocimientos campesinos.

Con respecto a las valoraciones, quiero retomar la teoría del valor de David Graeber, quien plantea que este constituye una herencia de acciones (de producción, uso y apropiación) cuyo significado ha sido apropiado por objetos o lugares. Aquel significado, además, contiene valor por la capacidad de acumulación de historias, recuerdos y deseos que construyen las personas hacia aquello que es valorado, lo cual conforma sentidos de pertenencia. Sumado a ello, las cosas valoradas también llevan en sí los significados de diferentes relaciones sociales articuladas allí (Graeber 2001). Quiero utilizar este concepto para mostrar que el trabajo campesino con las plantas, la tierra, el agua, las semillas, los cultivos, las diferentes herramientas del campo, además de plasmar el conocimiento, también han acumulado diferentes prácticas de producción, uso y apropiación de recursos. Además,

los parceleros allí han construido historias, recuerdos y deseos de lo que quieren hacer en las parcelas y cómo quieren continuar viviendo allí. Asimismo, como ya lo he abordado, estos recursos han sido el núcleo de relaciones entre parceleros, familiares, vecinos, entidades estatales y empresariales. Todo lo anterior configura la importancia de la Zona Bananera en la vida de los campesinos allí.

Teniendo en cuenta lo anterior, quiero analizar el conocimiento campesino plasmado en el trabajo en la tierra, que genera valoraciones sociales, en cuatro momentos: [1] el manejo de la tierra, las semillas y el agua previo a los cultivos; [2] prácticas de cuidado de los cultivos y la tierra configuradas para retribuirle a los recursos los beneficios que generan en los campesinos; [3] relaciones sociales construidas en torno a las producciones de alimentos que generan los cultivos y el trabajo en la tierra; y [4] la configuración de sentidos de pertenencia y arraigos a la tierra, por todas las labores en ella. Estas cuatro partes constituyen diferentes niveles de trabajo en la tierra, relacionados con cada uno de los momentos de siembra, cultivo y producción de los alimentos en las parcelas campesinas.

1. Prácticas iniciales de trabajo en la tierra: reproducción de saberes, recuerdos y relaciones con los recursos

En este primer apartado quiero analizar las labores iniciales que los campesinos realizan en la tierra, antes de cultivar y producir alimentos, tales como la preparación del suelo, el manejo de semillas y del agua. Estas prácticas, además de construir variadas experiencias cotidianas donde existen relaciones permanentes entre campesinos y recursos, también evocan recuerdos de las primeras labores que realizaron estas personas al llegar a sus tierras. Así, el conocimiento campesino ha ido acumulando experiencias y recuerdos de múltiples momentos donde los parceleros han trabajado en el territorio, lo cual configura parte de las valoraciones hacia este. Es importante mencionar que las personas evocan grandes historias de relación con la tierra desde la United Fruit Company, pero no ahondaré en este momento de la historia de la región, puesto que me interesa abordar el trabajo campesino desde que ellos tienen tierras. Es así que comenzaré detallando las primeras labores que relataron los parceleros cuando llegaron a las parcelas en la época del INCORA; luego detallaré los procesos para comenzar la siembra de cultivos; y por último mostraré la construcción de

vínculos con los distritos de riego y el manejo de infraestructuras para la distribución del agua en sus parcelas.

En este punto, quiero retomar a Gramsci, quien expuso que las ideas que la gente genera sobre el mundo se derivan de diferentes sensaciones. Allí, existen ciertas sensaciones que son transitorias y otras que son duraderas, las cuales conforman diferentes conceptos sobre el mundo. Aquellas sensaciones duraderas, junto con las múltiples ideas y conceptos que generan, configuran los diferentes pensamientos y juicios que tienen las personas sobre su entorno. Así, las sensaciones constituyen un elemento fundamental en el conocimiento que construye cada persona (Gramsci 1977). Teniendo en cuenta lo anterior, el conocimiento campesino también es configurado a partir de diferentes sensaciones que las personas poseen al trabajar la tierra, las cuales les generan conceptos y modos de interpretar el territorio. Aquí mostraré algunas de las expresiones que evocan esas ideas iniciales de las parcelas y los cultivos. Sin embargo, estas ideas se están reconfigurando permanentemente en cada contacto con la tierra, y allí se modifican, recrean y re interpretan.

Hacia 1969 y en la década del 70, cuando los parceleros recibieron tierras por parte del INCORA (situaciones que detallé en el primer capítulo), las tierras llevaban más de 8 años sin ser trabajadas. Las personas cuentan que cuando llegaron a dichas tierras, la maleza estaba enorme, la tierra se encontraba árida y seca, no habían rastros de cultivos, e incluso habían escombros de algunos campamentos que fueron destruidos por varios habitantes para utilizar los materiales y construir casas en otros lugares. Fabio Sierra, un parcelero del campamento de Casa Blanca, relató cómo era su parcela cuando llegó a ella: “Nos dieron esto hecho monte, monte, monte, nada sembrado, esto era puro monte. Entonces nosotros lo compramos, lo arreglamos. Hoy en día, no, eso es una belleza hoy en día [...] la casa la hice yo, y no, todo lo hicimos nosotros, pero esto era puro monte” (Fragmento de entrevista a Fabio Sierra, enero de 2014)

En el comentario de Fabio es pertinente detallar el contraste de su parcela hoy en día a cómo se encontraba cuando él llegó a trabajarla. Así, los parceleros resaltan la importancia que ha tenido para las tierras su presencia y trabajo en ellas, al tiempo que las describen con apreciaciones que muestran cualidades atribuidas. Los recuerdos de las tierras enmontadas evocan también las labores iniciales que debieron realizar los parceleros para reformar la

tierra, con el propósito de construir su vida en el lugar. Así, los conocimientos que se configuraron en un comienzo fueron aquellos que respondían a ¿cómo hacer para desmontar la tierra? ¿Qué labores hay que realizar para trasladar el agua hacia cada parte de la parcela y que la tierra no esté árida? ¿Qué cultivos era posible sembrar allí? Algunos parceleros relatan que duraron más de 6 y 8 meses desmontando las parcelas y por eso esta gran labor se resalta en los relatos sobre manejo del suelo para sembrar. También ha adquirido gran recordación por ser el primer trabajo que hicieron estos parceleros en sus tierras, dónde tuvieron que establecer cómo iban a configurar sus conocimientos para construir la nueva vida en aquellos lugares.

Posterior al primer desmonte de las parcelas, se han presentado otros momentos en que los parceleros han dejado de trabajar en sus tierras, entonces estás se han llenado de maleza y aquellas personas han tenido que desmontar nuevamente. Esta labor es descrita por Jaime Martínez, parcelero que vive en el corregimiento de Guacamayal y tiene sus tierras en el corregimiento de Sevilla:

Acá para la siembra uno hace una tumba. Son rastrojos, los limpia uno a machete, todos los mocha y hace el descuaje, una tumba. Tú esperas 15, 20 días, un mes, después de que limpies ya la tierra, que se seque la maleza. Luego uno le mete candela porque tiene uno que quemar toda la maleza seca por la basura, o si no el ratón no te deja nada, tiene uno que matar esa tierrita. Si tienes la semilla y manos para sembrar inmediatamente, tú quemaste hoy ya mañana puedes comenzar a sembrar. La siembra es otra cosa que tú ya te vas librando de tener que limpiar otra vez porque tú aprovechas esa limpia y esa quema. Y ahí sí tiene uno que hacer limpia por ahí dentro de un mes, 15 días, que ya la matica ya está afuera. Entonces ¿Qué hace uno? Casiqueo, lo que llama uno un plateo. Ahí utiliza uno el herbicida ¿ya? Que es como el randa, el ramazón pa'quemar la maleza. Ese es pa' uno ayudarse porque de pulmón y machete es muy difícil sostener dos hectáreas de limpia de eso. (Fragmento de entrevista a Jaime Martínez, octubre de 2014)

Jaime expone los diversos aprendizajes y relaciones que tienen los parceleros con los recursos, al momento de iniciar un proceso de manejo de tierra para cultivar. Allí, surgen saberes sobre el estado de la tierra y los cambios que va adquiriendo a medida que los campesinos ponen en práctica sus saberes. Así, el trabajo en la tierra genera diferentes estados de los recursos a la par que se nombran cada una de las labores allí, lo que conforma un proceso de relaciones entre campesinos-tierra, donde las prácticas y la forma del suelo van modificándose para establecer un cultivo. Las personas van aprendiendo de la experiencia que adquieren al realizar labores cotidianas en la tierra, puesto que allí observan, sienten e

interpretan lo que sus prácticas generan en los recursos, al tiempo que experimentan cuáles son las mejores maneras de tratar sus parcelas.

El manejo de la tierra para la siembra de semillas o plántulas, constituye la primera parte del proceso para cultivar, Este es un proceso que se ha repetido innumerables veces, pero los parceleros dicen que cada uno es diferente. Siempre cambia la tierra, su textura, el agua que tiene, el clima, las plantas no son las mismas, entonces aunque se realice tumba y quema, y además se apliquen químicos para que la maleza no crezca rápido, cada una de estas labores son diferentes y específicas en el proceso de cultivo. Así, hay momentos dónde algún invierno causó que el monte estuviese más alto, por lo que implicó más tiempo trozarlo, y allí la lluvia dificultó su quema. Existen otros momentos donde el monte está más árido, por lo que su quema genera más nutrientes al suelo para sembrar. Adicionalmente, la siembra de semillas y plántulas es un aspecto fundamental en el manejo general de recursos, puesto que el estado de la tierra, el agua, el clima y la luna se disponen en un momento específico para generar las mejores condiciones y que las plantas crezcan y florezcan.

Otro recurso fundamental para el comienzo de las labores en la tierra es el agua. Cuando los parceleros recibieron tierras por parte del INCORA, sus tierras se encontraban divididas por los distritos de riego que construyó la United Fruit Company. Por ello, además de desmontarlas en un comienzo, debían limpiar y recuperar estos canales, para que el agua pudiera llegar por allí e inundara sus parcelas. Para ello repusieron ladrillos, cortaron el pasto que creció en medio, limpiaron las bocatomas y compuertas, y quitaron el barro dentro de los canales. Estos distritos han estado en manos de entidades como el Instituto de Hidrología, Meteorología y Adecuación de Tierras (HIMAT) y las asociaciones de usuarios de distritos de riego, y sus mayores asociados son terratenientes de la región. Esto ha generado que el uso del agua por parte de los campesinos se haya visto mediado y regulado por estas entidades, con quienes han tenido que negociar la cantidad y los momentos en los que pueden regar.

Aquellos canales de riego han dejado de utilizarse para la distribución del agua en las parcelas, por las dificultades que han tenido los parceleros en las relaciones con las entidades

y asociaciones mencionadas⁵. Es así que actualmente las labores en dichos distritos y la forma de acceder al agua por medio de estos, se evocan como recuerdos en los relatos parceleros para contrastarlos con los nuevos trabajos que están realizando en las tierras. Dichos trabajos consisten en la construcción de otras infraestructuras que permitan distribuir el agua, lo cual contempla otra de las labores iniciales para trabajar y mantener las tierras. Estas infraestructuras se basan en el riego por aspersión, y allí los campesinos consiguen tuberías y motores que les permitan distribuir el agua, bien sea desde el fondo de las tierras o desde los ríos cercanos. La siguiente parcelera llamada Gabriela Tejada, quien vive en el campamento de La Abarca, comenta las diferentes labores que ha tenido que hacer para la infraestructura de riego:

Ahora que estamos poniendo riego de pajarito. El Himat ya no funciona aquí, los canales se dañaron todos allá arriba, por aquí no coge ni gota de agua, aquí llevamos 2 años, el año pasado tampoco regamos, entonces ahora con el sacrificio más grande de la vida he ido juntando platica para ponerle el riego porque sino la finca se me va a acabar, se me va a morir [...] aquí hay muchas parcelas que se han perdido, principalmente la mía el año pasado si sufrió bastante porque no había agua, no había ni 5 de agua. Ahora esto ha ido volteando, prestando tubos pa'allá, prestando tubos pa'acá. Usted no se imagina ese motor, uh, ese ha sido un mundo de trabajo para poder poner el poquito de agua y por eso se me está perdiendo mi parcela (Fragmentos de entrevista a Gabriela Tejada, julio de 2014)

Es importante detallar en el relato de Gabriela el actual estado de los canales de riego, lo cual ha causado la búsqueda de opciones por parte de los campesinos para cambiar la infraestructura que distribuye el agua en sus parcelas. Esto ha implicado múltiples esfuerzos y trabajos por parte de los campesinos, puesto que argumentan que la vida allí depende del recurso hídrico. Lo anterior constituye una valoración adicional a las labores de los campesinos puesto que construir riego por aspersión le brinda a la tierra el agua que necesita para ser fértil. Lo anterior configura un mutuo beneficio, donde las parcelas se benefician del agua que los campesinos logran llevarles y los campesinos se benefician de la fertilidad que adquiere esta para cultivar y producir alimentos.

⁵ Según los campesinos en Zona Bananera, el HIMAT y las asociaciones de distritos de riego han regulado y controlado la manera en que los parceleros pueden utilizar el agua que proviene de dichos canales. Los terratenientes de la región, como son los principales usuarios de las asociaciones, tienen la prioridad en los horarios del uso del agua para el riego en sus tierras. Así, a los parceleros les quedan los horarios menos apropiados para regar como por ejemplo las horas en que el sol se encuentra más fuerte. Adicionalmente, los campesinos no están de acuerdo con las cuotas fijas que deben pagar por el uso de los distritos del riego.

En síntesis, este primer apartado comprendió las labores iniciales en el trabajo de la tierra, como la preparación del suelo, la siembra de semillas y la distribución del agua, previo al trabajo en los cultivos. Allí, es importante resaltar el conocimiento campesino que toma forma al momento de realizar prácticas en la tierra, al tiempo que se reconstruye con cada experiencia de los parceleros, quienes reaprenden constantemente. Además, es preciso resaltar la evocación de recuerdos sobre los primeros trabajos que realizaron los parceleros al momento de recibir sus tierras, puesto que estos contienen un gran significado para los procesos de manejo de recursos posteriores. De esta manera, el trabajo en la tierra permite una acumulación de historias, relatos y aprendizajes que se van imprimiendo en las parcelas.

2. Prácticas de cuidado de recursos: retribución de beneficios a la tierra

Posterior a las labores iniciales en la tierra, continúan aquellos trabajos cotidianos que los campesinos realizan sobre los cultivos. Los parceleros en la Zona Bananera consideran que el trabajo en la tierra es un aspecto importante por medio del cual se puede retribuir al territorio todos los beneficios que provee diariamente, tales como la producción de alimentos, la capacidad de trabajo y aprendizaje, junto a los múltiples significados hacia los recursos. Por ello, las prácticas diarias con las plantas, los cultivos y el suelo llevan en sí diferentes cuidados para contribuir a que estos recursos sigan en el territorio y no se acaben. Así, gran parte del trabajo en la tierra, junto a los conocimientos que conlleva, se convierte en prácticas de cuidado hacia los cultivos y el territorio en general. La siguiente imagen ilustra una práctica de un parcelero que revisa cómo se encuentra la fruta de una de sus plantas:



Imagen 2: Parcelero en Macondo revisando el racimo de banano. Fotografía tomada por Laura Angélica Sánchez Alayón, enero de 2014

En la foto anterior es posible percibir la relación cotidiana que han consolidado los parceleros con los cultivos, al cuidar sus frutos. Así los parceleros buscan el beneficio de aquellos recursos con sus labores del día a día. Para desarrollar el argumento de este apartado, retomaré el concepto del trabajo de cuidados, planteado desde la economía del cuidado, el cual es definido como prácticas no remuneradas económicamente que son realizadas para velar por el bienestar de las personas y mantener la vida en un nivel general (Carrasco 2006). Aunque el ecofeminismo ha definido el trabajo de cuidados para reivindicar labores de las mujeres que han estado relegadas en contextos capitalistas y patriarcales, mi interés es mostrar que el trabajo de cuidados puede aplicarse en diferentes contextos y situaciones. Campesinos en Zona Bananera, con base a sus sentidos de pertenencia hacia la tierra, realizan cotidianamente prácticas de mantenimiento, protección y atención a la vida en el territorio, cuidando los recursos y procurando su preservación para retribuir los beneficios que estos generan en sus vidas.

En primer lugar, la relación permanente con los recursos y las labores cotidianas en las parcelas, ha hecho que los campesinos establezcan diferentes formas de mantenimiento y cuidado de los recursos. Algunas de ellas corresponden a hablarles a las plantas para que se pongan bonitas, revisarlas y determinar qué elementos deben aplicarles. Así, por medio de la narración de estas labores, los campesinos no solo resaltan sus diversos conocimientos sobre el manejo de recursos sino que además recrean y configuran imágenes de los diferentes lugares con los que se relacionan por medio de su trabajo. Al respecto, Jaime Martínez comenta nuevamente:

Bueno no sé si será la tradición de uno pero de pronto uno viendo la mata, uno hablándoles ellas se ponen como más bonitas, sienten que uno les habló, algo así, entonces lo bello de uno es eso, que uno vea de pronto la mata alegre, armoniosa, ya tu de pronto a los 3 o 4 días llega ahí, ve esa mata bonita y uno dice: “caramba, le hacía falta la presencia mía de que yo le hablara y así”. Mi esposa cuando iba allá a la parcela, ella cogía las matas así, las regañaba “ajá y qué no vas a parir, no quieres parir, que te voy a mochar, que te voy a hacer” y a veces les pegaba con una bara, con una chancleta. Yo a veces le decía “tu sí tienes tema” y ella decía “no, es que a la mata hay que asustarla para que ella sienta y verás tu cómo se pone”. Y era como una zeta de verdad, yo a los pocos días estaba pendiente y le decía “no joda, está pariendo la mata de plátano esa que tenía tanto rato” y ella dice “¿Viste? Si no le hago eso, no pare”. De pronto es agujero de uno pero ahí están las creencias y todo eso lo motiva a uno. (Fragmento de entrevista a Jaime Martínez, octubre de 2014)

En el comentario de Jaime hay varios aspectos fundamentales a detallar. A nivel general, este parcelero expresa los vínculos que ha construido con las plantas en su parcela, por medio de un lenguaje en el que manifiesta sentimientos y personificaciones tanto de los recursos como de su entorno familiar. Allí, él especifica cómo es su disposición para tratar y manejar cada una de las plantas con las que convive en la parcela, a las cuales les atribuye estados de ánimo de acuerdo a su contacto y presencia cotidiana. Además, Jaime también expone el seguimiento diario en el que observa su comportamiento. De esta manera, hablarles a las plantas se plasma como una creencia que refleja una de las múltiples formas de interacción entre personas-territorio. Es así que este hombre ha creado diferentes socializaciones con los recursos que reflejan relaciones de convivencia, donde se resalta la importancia de la presencia y el trabajo campesino para generar beneficios en los recursos. Esto también configura las motivaciones de los campesinos para tener presencia en el territorio por medio de los diferentes vínculos que construyen con la tierra, las plantas y el agua.

El conocimiento de los campesinos también se ha construido por medio de interpretaciones que realizan sobre el comportamiento y las transformaciones de los recursos. Estos configuran creencias y pensamientos que otorgan justificaciones a por qué una planta cambia de color, por qué se le caen las hojas, qué pasa si las siembran en “mala luna” o si se cortan a la luz del día. Así, con base a estas creencias, se han adecuado diferentes prácticas de trabajo en las que los campesinos buscan el cuidado de los recursos. Además, para que los campesinos no realicen alguna actividad que afecte a la tierra o los recursos en ella, con base a estas creencias, los campesinos han conformado normas, acuerdos y restricciones frente al manejo de estos.

Para detallar la manera en la que los campesinos en Zona Bananera han configurado pensamientos y creencias sobre el manejo de los recursos naturales, expondré algunos relatos etnográficos, relacionados con aspectos permitidos y restringidos en el uso de la tierra o en el contacto con las plantas. Estas situaciones corresponden a interpretaciones de comportamientos de los recursos, asociadas y relacionadas con la luna o con consideraciones corporales como la capacidad de las manos para beneficiar o dañar los cultivos. Las percepciones sobre estas situaciones han conformado justificaciones sobre el trato que las

personas deben darle a la tierra, y posteriormente se traducen en un lenguaje que expresa la importancia de retribuirle beneficios al territorio.

En los procesos de siembra de cultivos en Zona Bananera, prevalecen creencias como la importancia de “la mano” de quien toma las plántulas o las semillas para que estas crezcan y produzcan. En varias oportunidades acompañé a algunas personas a sembrar plantas de papaya, plátano, guineo y yuca. La primera pregunta que me hicieron en todos los casos, antes de poder empezar la labor, era que si yo tenía en ese preciso momento el periodo menstrual. Estas personas creen que las manos de aquellas mujeres que están “en esos días” pueden dañar la tierra o las plantas, lo que se verá reflejado en la caída de sus hojas, en la ausencia de frutos, y hasta en la pérdida de los cultivos.

Ligado a esto, los campesinos creen que existen personas con “buena mano” y “mala mano” y, para ellas, esto determina si un cultivo genera buenos frutos, si las plantas crecen lo suficiente y si la tierra se pone fértil al manejarla. Las personas consideradas con buena mano son aquellas que cuando llevan varios días trabajando en la tierra, las plantas que siembran crecen coloridas, “se ponen bonitas”, los frutos salen grandes y la tierra produce más de lo esperado. Las personas catalogadas con “mala mano” son aquellas que al tocar las plantas se dañan o estas no producen la cantidad de frutos esperados, las hojas se marchitan, incluso algunas de las semillas o plántulas sembradas no crecen, y además la tierra se pone árida y seca. Las percepciones de los campesinos que determinan que una persona tiene buena o mala mano, corresponden a un seguimiento de los recursos en el que los parceleros interpretan los diferentes cambios, especialmente las transformaciones de la tierra y las plantas cuando establecen contacto con alguna persona. De esta manera, cuando alguien tiene contacto con las parcelas y los recursos mejoran, esta persona se le atribuye el concepto de “buena mano” y se le permite manejar la tierra y los cultivos sin algún tipo de restricción. En cambio cuando alguien trabaja en la tierra y desmejora, se le atribuye la categoría de “mala mano” y se le prohíbe tener cualquier contacto con los recursos.

Así, los parceleros establecen normas, acuerdos y restricciones frente al manejo de recursos, basados en percepciones y pensamientos sobre cómo debe ser el contacto de las personas con la tierra y qué debe generar ese trato. Lo anterior con el objetivo de que algún trato o relación de las personas con los recursos en sus parcelas, no les vaya a causar

afectaciones. Es decir, estas creencias buscan continuar con el cuidado de los recursos en el territorio.

Existe otro aspecto relacionado con las consideraciones y creencias construidas por los campesinos con base a conceptos que han creado sobre los comportamientos de los recursos, consiste en las representaciones de la luna y su influencia en los cultivos. Estas consideraciones establecen los momentos específicos en los cuales los campesinos pueden cortar y sembrar cada cultivo. Según algunas conversaciones con zoneros, la luna retiene o suelta el agua en la tierra y las plantas. Si se llega a cortar una planta que mantiene mucha agua, en el momento en el que la luna está reteniendo el agua, entonces esta puede pudrirse. Si cortan una planta que no retiene gran cantidad de agua en el momento en el que la luna suelta el agua, esta planta puede secarse. Me dejaron muy claro que jamás se deben realizar labores en la tierra mientras haya luna nueva porque todo se daña. Es así que los campesinos creen que cada planta tiene su momento específico de corte y siembra de acuerdo a la fase de la luna. La configuración de estos pensamientos y percepciones están relacionadas con dos situaciones: por un lado, el seguimiento cotidiano a la tierra en el que las personas asocian los cambios en las plantas a las fases de la luna, pero por otro lado, son conceptos y pensamientos que han sido transmitidos entre familiares y compañeros. Este último aspecto, hace entender que las prácticas de trabajo en la tierra tienen socializaciones entre pares que configuran acuerdos y normas frente al uso y la relación con los recursos.

Lo anterior es un ejemplo del trabajo de cuidados, teniendo en cuenta que este constituye prácticas interdependientes y afectivas entre las personas y la naturaleza, las cuales están orientadas a la supervivencia de los grupos humanos y su reproducción (Herrero 2011). La relación de los campesinos con los recursos naturales se ha constituido como vínculos interdependientes, por la configuración de beneficios entre ambas partes. Por un lado, el día a día de los parceleros en los que comparten tiempo, dedicación, experiencias y conocimientos en el territorio, se convierten en espacios de socialización con los recursos que les permiten crear saberes, al tiempo que desarrollan propósitos y voluntades frente a cómo les gustaría ver aquellos lugares que habitan. Asimismo, los parceleros manifiestan que su trabajo debe ser materializado en prácticas de cuidado, puesto que las plantas y la tierra necesitan esmero y atención permanente para que estas crezcan, produzcan y se mantengan

en el territorio. Aquella interdependencia por la supervivencia de las personas y los recursos en Zona Bananera, hace que el trabajo en la tierra configure la convivencia entre cada una de las partes en el territorio.

Es posible considerar que las prácticas que los campesinos realizan en la tierra constituyen una forma de referenciar diferentes labores con los recursos. Allí, el cuidado y la protección del suelo, el agua y las plantas, tienen el propósito de retribuir los beneficios que el territorio ha generado a las personas. Es así que el trabajo en la tierra adquiere sentido para los campesinos en el momento en el que este no solo les beneficia a ellos, sino que beneficia a los recursos y mantiene el territorio. Así se configura otra valoración al trabajo en la tierra y el conocimiento campesino, que consiste en su importancia para el mantenimiento de las plantas y los recursos en cada parcela. Además, esta importancia teje diversas socializaciones que crean acuerdos, normas y restricciones entre los parceleros frente al uso y manejo de la tierra.

3 “*Todo el que va llegando, uno les va regalando*”: beneficios a la tierra y a la gente

Luego de analizar los cuidados en los cultivos, quiero detallar algunas de las prácticas campesinas al obtener los frutos de ellos. En Zona Bananera, los campesinos han configurado un conjunto de prácticas y relaciones sociales ligadas a las economías de regalo. Las valoraciones aquí están representadas por la importancia que tiene para los parceleros regalar parte de sus producciones, tanto para mantener y beneficiar a las diferentes relaciones sociales, como para que la tierra reproduzca aquellos beneficios. Estas valoraciones también están relacionadas con que los alimentos que los parceleros regalan llevan en sí los significados de las producciones campesinas en Zona Bananera, las cuales sobreviven en medio de las múltiples empresas y terratenientes. Además, el conocimiento es representado por las diferentes percepciones, interpretaciones y creencias sobre las economías de regalo como construcción de vínculos territoriales y territorio.

Aquellas economías de regalo, en este caso, configuran relaciones de reciprocidad de la siguiente manera: cuando se regalan las producciones de las tierras a vecinos, amigos y familiares, la tierra reproducirá aquello que se regaló. Sin embargo, las prácticas de regalo no son legítimas en todas las ocasiones: no es lo mismo regalar producciones a los terratenientes que darle alimentos a amigos y familiares de los parceleros. En este punto quiero retomar el concepto de economías morales de E.P Thompson, quien establece que

esas economías consisten en consensos populares que legitiman y rechazan ciertas prácticas de comercialización e intercambio. Aquellos consensos están basados en la configuración de normas y obligaciones sociales, en las que son determinadas las funciones económicas de ciertos sectores sociales (Thompson 1979). Teniendo este concepto en cuenta, me interesa mostrar que las economías de regalo en Zona Bananera configuran economías morales, puesto que existe un consenso general que determina a quien es legítimo regalarle las producciones campesinas. Esas nociones de reciprocidad y construcción del territorio no son las mismas cuando los campesinos le venden a muy bajo precio sus producciones a terratenientes o empresas, donde prácticamente les están regalando lo que trabajaron. Estas últimas situaciones sí son denunciadas y no se consideran como relaciones de reciprocidad ni prácticas que benefician la tierra.

Las economías de regalo son un ejemplo de los vínculos que las personas configuran por medio del trabajo en la tierra, puesto que representan el establecimiento de beneficios tanto para la población como para los recursos. Así, a través de aquellas acciones, los parceleros construyen el territorio puesto que trabajan la tierra pensando en los alimentos que se pueden producir para la población y le dan alimentos a aquella población para que esta reciprocidad se refleje en la tierra. Además, configuran normas y acuerdos entre parceleros por las decisiones sobre qué se cultiva, cómo debe cultivarse, qué pasa cuando se regala, y cómo empiezan a cambiar las plantas al regalar sus primeras producciones. De esta manera, el conocimiento campesino es una construcción colectiva de acuerdos, creencias y socializaciones sobre el manejo de recursos. Además, los parceleros configuran valores en torno al territorio por medio de las relaciones sociales que pueden construir y consolidar a través de los regalos y la reciprocidad.

En primer lugar, me interesa detallar un aspecto transversal en mi trabajo de campo con parceleros, el cual consiste en los múltiples regalos de alimentos, semillas y plantas que recibí al trabajar con estas personas. En variadas ocasiones, yo llegué a algunas parcelas de la Zona Bananera, buscando parceleros con quienes pudiese trabajar. Yo era consciente que llegaba en momentos de trabajo cotidiano, en que los campesinos estaban regando, limpiando, desmachando las plantas o recogiendo los frutos, y que mi presencia allí implicaba que yo trabajara con ellos o que ellos detuvieran sus actividades (lo cual nunca fue mi intención). En múltiples ocasiones, aquellos parceleros interrumpieron sus actividades por hablar

conmigo, porque para ellos es inconcebible que llegue alguien a visitarlos y que ellos lo pongan a trabajar.

En aquellos instantes, los parceleros manifestaron su agradecimiento hacia mi presencia en sus parcelas, puesto que consideran que fuera de la Zona Bananera la gente no sabe de su existencia. Mi presencia en aquellos lugares implicó para ellos que yo pudiera transmitir mis experiencias y la descripción sobre los campesinos zoneros en Bogotá y otros lugares donde la gente no se imagina que existen. Por esta razón, fue relativamente sencillo comenzar a hablar con estas personas sobre el territorio allí, el trabajo en la tierra y sus múltiples labores. Pero además, ellos sentían que debían retribuir de alguna manera el hecho de que yo fuese hasta sus parcelas y casas a hablarles, y que dispusiera mi trabajo de tesis hacía su atención. Así, cada que salía de alguno de estos lugares, llevaba conmigo guineos, naranjas, limones, plátanos, guanábanas, yucas, melones, papayas, mangos, entre los más frecuentes. Para estas personas era impensable que yo, o alguno de mis compañeros que estuvieron en la Zona, saliera de estos lugares sin llevar algo de lo que ellos producen en las tierras.

Aunque yo siempre estuve muy agradecida con los parceleros, tanto por la disposición de tiempo y dedicación que tuvieron conmigo como por todo lo que me daban cada que iba a hablar o trabajar con ellos, constantemente les dije: “no hay necesidad de que me regale tantos alimentos”. A lo que ellos me respondían: “anda niña ¿cómo no te voy a dar nada? Antes pa’ mi mejor porque eso me reproduce aquí”. Esa última frase se repitió una y otra vez, lo que siempre me cuestionó ¿qué experiencias, saberes y relaciones constituyen la base de las consideraciones sobre regalar alimentos a quién llega a sus tierras? Es posible remitirse a la religión católica y pensar que estas son prácticas basadas en las historias bíblicas, en las que la comida se multiplica cuando se le regala a quien no tiene. Aunque las personas en algunas ocasiones me mencionaron a Dios, las convicciones de estos campesinos al respecto no parecieron estar basadas en creencias religiosas.

La intención de los parceleros con sus regalos consiste en construir relaciones sociales de la siguiente manera: por un lado, era importante para ellos configurar una relación de interés y agradecimiento conmigo, en la que yo no estuviera allí solo por el primer momento en el que los visité, sino que los pensara y volviera a sus parcelas en múltiples ocasiones; por otro lado, aquellos regalos configuraron un vínculo entre las tierras y yo. Recibir alimentos

de cada lugar hizo que yo comenzará a interesarme mucho más por cada una de las cosas en las parcelas, por lo que comencé a preocuparme por cómo iba cada cultivo, qué había pasado con las plantas después de que yo había ido, qué pasó con el agua y las épocas de sequía o invierno. Así se comenzaron a configurar las relaciones de reciprocidad.

Otra justificación otorgada a los regalos, consistió en lo siguiente: una de las preguntas que siempre me hicieron fue: ¿Y tú dónde te estás hospedando? ¿Estás pagando por la comida? Cuando yo les comentaba mi situación allí, ellos me regalaban alimentos y me decían: “Niña, si tú estás pagando por los alimentos y nosotros tenemos muchos acá, algo tienes que llevarte”. Esto corresponde a la manera en la que los parceleros consideran que su trabajo en la tierra y lo que ellos tienen es para el beneficio de las personas en general, y, aunque deben vender parte de sus producciones en algún momento para obtener dinero y continuar trabajando la tierra, también saben que ellos mantienen la vida de las personas y, mantener la vida de las personas hace que se mantenga la vida en el territorio. Es una doble relación que configura la vida en general.

A partir de aquellas consideraciones sobre los regalos y los vínculos que se establecieron por medio de ellos, comencé a cuestionarme ¿cuál es la diferencia entre regalar parte de sus producciones a vecinos, familiares, amigos o personas como yo, en contraste con regalar sus producciones a empresas y terratenientes? Es posible que la diferencia en las relaciones con cada una de las personas y actores sea obvia. Claramente las relaciones comerciales que establecen empresarios y parceleros hacen que estos últimos esperen retribuciones económicas óptimas por su trabajo en los cultivos y por la calidad-cantidad de productos que venden. Al no ser así, los campesinos hacen constantemente reclamos y exigencias frente a lo que deberían recibir por sus producciones.

Sin embargo, quiero detenerme un poco en aquello que esperan los campesinos en las relaciones con otras personas al dar lo que produce la tierra y el trabajo en ella, puesto que me parece fundamental para comprender cómo se construyen valoraciones de la Zona Bananera por medio de las relaciones sociales de los parceleros. Como lo detallé en el primer capítulo, los vínculos que los campesinos construyen con terratenientes tienen toda una estructura de regulación y control de recursos que hacen que los empresarios se interesen en el territorio en términos de rendimiento y optimización de las producciones. Así, lo que

esperan los campesinos frente a esto es dinero para poder invertir en sus parcelas y para su subsistencia, equivalente al trabajo que realizaron allí. Si los empresarios están considerando el territorio en términos económicos, los parceleros esperan que su retribución sea económica y allí no es legítimo regalar sus producciones.

En mi caso, cuando yo llegué a las parcelas y trabajé con aquellas personas, estas comenzaron a configurar una noción sobre mí como un puente de comunicación que permitía que ellos conocieran algo de Bogotá y que, en la ciudad cuando yo llegara y comentara mi experiencia, las personas logaran conocer algo de la Zona Bananera. Así se configuró la relación y esto hace que ellos quieran ser descritos por mí como personas amables, hospitalarias, campesinos que trabajan la tierra y brindaron sus alimentos a estudiantes que llegamos a trabajar con ellos. Así, la configuración de la relación no está en términos económicos, sino por medio de relaciones de solidaridad y comunicación en que las retribuciones hacia sus regalos y su trabajo se establecen en descripciones de las personas y del territorio en otros espacios.

Aquello que los campesinos esperan de las personas, y asimismo lo que las personas esperan de ellos, configura ideas y percepciones sobre las normas y las obligaciones sociales que cada uno de estos actores tiene en relación al territorio y el trabajo en la tierra. Es una red de situaciones que generan compromisos, deberes y retribuciones frente a quién necesita, a cómo pensar el territorio y el trabajo en él, junto a las socializaciones que se producen por medio de este. Así, cada parcela y recurso en ella comienza a interiorizarse en quien maneja los alimentos o quien los recibe, construyendo colectivamente el territorio a partir de intercambios y relaciones de reciprocidad.

Aquí es pertinente comentar que en aquellas relaciones de reciprocidad, el trabajo campesino posee diversos significados que son transmitidos a quien recibe los regalos de las producciones. Las producciones son el resultado y la materialización de aprendizajes, dedicaciones, cuidados y mantenimientos que los parceleros realizan día a día en sus tierras. Así, quien recibe los alimentos que florecen de allí, están recibiendo también todo este trabajo y su importancia para la vida de los campesinos y el territorio.

Ya comenté mi experiencia personal al recibir alimentos por parte de los parceleros cuando fui a sus casas y parcelas. Pero para analizar mejor las relaciones de reciprocidad

establecidas al generar vínculos por medio de regalos, es importante conocer y analizar cuáles son las percepciones de aquellas personas que los ofrecen. Como lo dice la autora Duran Bell, en aquellas relaciones de economías de regalo y reciprocidad se espera que cada lado de la relación de intercambio experimente una equivalencia de valor (Bell 1991). En el caso de los parceleros con quienes estuve, este valor está configurado por medio de lo que implica para ellos regalar alimentos a sus allegados y personas que los necesitan.

Uno de los aspectos que genera gusto en los parceleros es poder contribuir a cubrir las necesidades de la comunidad o de las personas allegadas a ellos. Así lo expone Jaime:

Para mí es una importancia [regalar lo que da la parcela] porque igual siento que me va a generar algo para solucionar muchas necesidades de la gente en sus casas y me llena de orgullo. Yo siembro, por decir algo, una mata de yuca, tu llegas donde mí con hambre y me dices “Jaime, regáleme un palo de yuca o véndame un palo de yuca” pa’ mí lo importante es que haya. Igual yo te digo “angélica, de pronto yo no te voy a vender un palo de yuca, te vas a llevar 2 o 3 que te voy a regalar” porque hay y pa’ mí eso es fabuloso porque yo estoy comido y tu vas a estar bien. De pronto llega otro e igual. Yo ahí en mi parcela, hay muchos conocidos, amigos míos que van “Jaime, véndeme un gajo de plátano” “no’ombe, qué te voy a vender yo un gajo de plátano, de pronto yo no tengo mañana y tu tienes, me lo regalas. Córdalo y llévate” eso pa’ mí es una satisfacción grande (Fragmento de entrevista a Jaime Martínez, octubre de 2014)

El comentario del señor Jaime expone la manera en la que las relaciones sociales de los parceleros justifican su trabajo en la tierra. Así, los esfuerzos, las labores cotidianas, el contacto con el agua, el suelo, las plantas y los cultivos, implican construyen beneficios a familiares, amigos y vecinos. Esta forma de entender y justificar las labores en la tierra y el manejo de recursos, orientadas al beneficio de la comunidad, hace que dentro del trabajo en la tierra los parceleros piensen en aquellas personas a quienes les llegarán sus producciones. Esto hace que los saberes campesinos también integren aquellas intenciones y pensamientos sobre las labores cotidianas en las tierras.

Existe otro punto importante en la configuración de relaciones por medio de los regalos. Este consiste en la socialización que se genera entre parceleros y personas de la comunidad en el momento de hacer entrega de las producciones, la cual usualmente lleva en sí descripciones de las parcelas, del estado de los cultivos y de la manera en que crecieron las plantas junto al trabajo campesino en ello. Así, en constantes ocasiones presencié aquellos momentos en que hubo personas que iban por algunas frutas regaladas. Lo que antecedió la petición de alimentos fueron preguntas sobre ¿cómo va el guineo? ¿Cómo está de lindo ese

palo? ¿Cómo ha hecho para sacar ese cultivo adelante con ese verano en el que estamos? ¿Cómo le fue en la cosecha? Estas preguntas y sus respectivas respuestas generaron descripciones sobre el estado de los recursos, sus cambios, sobre las plantas con sus colores, la forma de sus hojas, qué tanto crecieron y produjeron, qué tan grandes o pequeños están los frutos, si hubo factores que les afectaron, si alguien les enseñó cómo cambiar o mejorar las maneras de uso de los recursos. Así, los campesinos comparten y transmiten pensamientos, ideas, saberes y situaciones en las que detallan la configuración de cada una de sus parcelas en momentos específicos de trabajo. Por esto, los momentos de socialización que llevan consigo las relaciones de regalo también llevan en sí una construcción de vínculos entre quienes reciben los regalos y el territorio. De esta manera, aquellas personas también están accediendo a los recursos sin trabajar la tierra.

Además de lo que las personas transmiten en aquellas socializaciones, los parceleros también consideran que existen “cosas bonitas” de regalar sus producciones. Así lo describe nuevamente Jaime:

¿Qué me duele a mí? Que de pronto yo bote unas 4, 5 patillas sabiendo que aquí hay una persona que se las va a comer, quienes necesitan de verdad. Hey llega alguien allá a buscarlas “toma, llévate esas patillas, las que puedas”. Todo el que va llegando, uno les va regalando y así van 10, 15, 20 personas y vienen con carga, uy, a veces traen más que uno que es el que siembra para la casa. Sí, porque uno no se atreve a traer un saco de patillas en una bicicleta, en una moto, y el que va a buscarla regalada, sí se la trae. Hay personas que hacen hasta 2 y 3 viajes, sí porque van donde mí, llegan donde el otro, y van donde el otro y así, cada quien le va dando 5, 6 patillas que hay patillas de esas, con tres patillas de esas llenan un costal, entonces, uno se siente alegre de eso y el que va también, dice “fulano es buena gente que Dios le bendiga su cultivo” todo eso es bueno, son bendiciones y bonito eso. (Fragmento de entrevista a Jaime Martínez, octubre de 2014)

En el comentario anterior es posible detallar la manera en la que los parceleros han configurado percepciones negativas sobre aquellas prácticas que niegan regalar lo que producen. Esto muestra que las economías de regalo, no solo se encuentran basadas en términos de reciprocidad, sino que son tan habituales en la configuración de relaciones sociales, que se han creado normatividades que rechazan las prácticas que no ofrecen sus producciones. Así, la importancia de regalar alimentos también contempla respuestas a las normatividades del “deber ser” del trabajo en la tierra y la producción campesina.

Para finalizar este apartado, es preciso afirmar que los regalos de las producciones provenientes de las parcelas campesinas, llevan en sí los significados y valoraciones del

trabajo en la tierra, donde los campesinos transmiten sus saberes, esfuerzos, dedicaciones, mantenimientos y cuidados para generar frutos. Estos regalos configuran relaciones de reciprocidad, donde los parceleros esperan que la tierra retribuya aquello que es regalado y que las personas conformen vínculos hacia el territorio de donde provienen aquellas producciones. Así, esta configuración de relaciones sociales y valoraciones, también son realizadas para el beneficio de las parcelas y los recursos en ellas.

4. Arraigo, sentido de pertenencia y tenencia de la tierra

En este último apartado quiero analizar cómo todas las prácticas y labores descritas anteriormente han configurado la vida de los campesinos en Zona Bananera, junto con el arraigo y los sentidos de pertenencia hacia sus parcelas. La importancia de la tierra para los campesinos, junto a los beneficios construidos interdependientemente entre parceleros y territorio, ha configurado en estas personas fuertes sentidos de pertenencia, que consisten en la construcción de lazos y ataduras al territorio, considerado como parte inseparable de la vida de los campesinos. Aquí quiero retomar la noción de arraigo, concepto que consiste en procesos de relación territorial en los que las personas metafóricamente “echan raíces”. Los lazos territoriales generan diversidad de sentidos, ya que las percepciones sobre los lugares crean significados subjetivos e intersubjetivos, ligados a vivencias personales y colectivas (Quezada Ortega 2015). Este arraigo constituye la razón por la cual los parceleros no se van de la Zona Bananera ni de sus parcelas, aun cuando han vivido innumerables situaciones de violencia, despojo y que la tenencia de la tierra por parte de los campesinos es completamente limitada.

En este apartado, el conocimiento campesino lo entenderé como expresión y transmisión de imágenes, en las que los parceleros detallan y describen la manera en que han construido raíces en el territorio. Adicionalmente, la configuración de valor está mediada por el sentido de pertenencia de los campesinos hacia el territorio, donde se presentan herencias, acumulación de historias y experiencias en las tierras. Para detallar lo anterior, he dividido este apartado en dos momentos: un análisis sobre el arraigo que la gente siente hacia el territorio, a partir de la construcción de sus vidas en las parcelas; y una indagación sobre las justificaciones que las personas han creado para mostrar por qué no se van de la Zona Bananera.

Una forma en que los campesinos han sembrado raíces en el territorio, consiste en la construcción de sus vidas en las parcelas. Aquella construcción contempla aspectos como: la configuración de rutinas cotidianas; la adecuación de espacios en las tierras para desarrollar diferentes actividades de trabajo, ocio y alimentación; junto al establecimiento de socializaciones con amigos, vecinos y familiares. Todo lo anterior, ha tejido las diferentes maneras de habitar la Zona Bananera y adecuar sus formas de vida a las labores en las tierras.

Los campesinos, en sus diferentes relatos, han comentado que parcelas no solamente han sido un espacio de trabajo para la producción de cultivos, sino que estas también han sido construidas como lugares para compartir saberes y aprendizajes con sus círculos sociales. Además, los parceleros allí descansan, preparan y consumen alimentos, escuchan música, se enteran de noticias, crean ideas y posturas sociopolíticas, establecen anhelos y sueños de lo que quieren en el futuro. De este modo, pensar en salir de las parcelas o considerar en dejar su trabajo allí, implica suponer que abandonarán todas aquellas otras actividades y espacios que han conformado la vida de las personas.

Dentro de la configuración de la vida en las tierras, es fundamental la construcción de casas en las parcelas. Gran parte de los campesinos en cada uno de los corregimientos de la Zona Bananera tienen sus casas en la parte urbana de los pueblos, o en los campamentos construidos desde la época de la United Fruit Company, y diariamente se trasladan hasta las veredas donde se encuentran sus fincas. Sin embargo, la gran mayoría de estas personas ha construido casas al interior de sus tierras, las cuales poseen diversos propósitos: uno de ellos corresponde a tener un lugar en el que puedan estar durante el día. Si bien los campesinos están realizando labores diarias en la tierra, el agua y los cultivos, ellos también preparan alimentos, toman siestas, descansan, organizan sus labores, reciben visitas, se “guardan del sol” del mediodía, al tiempo que contemplan cada uno de los sonidos, colores y sensaciones de sus parcelas. En gran número de oportunidades, también duermen y pasan la noche en aquellas casas, en días en los que deben cuidar las fincas para que no se roben las producciones, o porque requieren regar a la madrugada. Su estadía en estos lugares muestra que la tenencia de la tierra, además de los vínculos construidos por medio de las labores allí, también implica vivir y desarrollar un gran porcentaje de actividades en estos lugares.

Para analizar cómo las actividades mencionadas configuran raíces de los campesinos en el territorio, es pertinente mencionar que una raíz es definida como un órgano de una planta

que va creciendo por debajo de la tierra y se va expandiendo con el paso del tiempo. Estas raíces posibilitan la alimentación de las plantas por medio de la absorción de agua y nutrientes del suelo. La metáfora consiste en que las raíces de las personas en el territorio son las extremidades que sujetan los campesinos a la tierra, que van creciendo a medida que las personas comparten y dedican tiempo y experiencias en el territorio. Dichas raíces van alimentando las necesidades e intenciones de las personas frente a lo que quieren hacer en sus parcelas, y cómo esperan desarrollar la vida en aquellos lugares. Así, los lazos en el territorio les permiten a las personas articular deseos, vivencias y aprendizajes en la convivencia con cada uno de los recursos.

En este sentido, la construcción de las casas en las parcelas se ha convertido en un elemento que les ha permitido a los campesinos extender sus raíces en el territorio, puesto que les posibilita compartir actividades cotidianas con los diversos elementos en sus parcelas. A su vez, las casas también permiten la construcción experiencias campesinas con los recursos, ligadas a diferentes sensaciones y percepciones que estas personas generan día a día. Es así que los deseos de los campesinos en sus tierras no solo están encaminados a mejorar las condiciones productivas de los cultivos, sino que también estos deseos se encuentran relacionados con conservar el paisaje verde de diversidad de plantas, mantener el olor que sale de los cultivos y la tierra recién regada, escuchar los diferentes animales que conviven con ellos y que sus familias puedan disfrutar de todo esto. Aquellos deseos son configurados, interpretados y expresados en las casas de las parcelas, al tiempo que se socializan y reconfiguran en los diferentes espacios de la Zona Bananera.

Otra de las maneras en que los campesinos construyen raíces en el territorio consiste en el interés y la dedicación hacia los cultivos, que llega al punto de que las personas no quieren dejar las tierras ni por un momento. Al respecto, Jaime Martínez expone una situación en la que él y sus hijas realizan diferentes actividades en la parcela, lo que les ha sujetado a la tierra al punto de que quieren configurar toda su vida allí:

Estas mujeres que usted ve por ahí [mis hijas], ellas tiraban machete allá en la parcela y hacían rosa, todas, todas [...] ellas querían era vivir allá. Se iban desde las 5 de la mañana hasta las 7-8 de la noche que venían aquí. Un día me dijeron que les hiciera una casa allá, una pieza de material para ellas vivir allá. Pero yo les dije “no’ombe mijas, eso allá pa’ustedes solas es como muy duro porque de pronto las ven ahí (como ellas vendían chica, vendían pan) van a creer que ustedes venden bastante, y tienen plata y les vayan a hacer algo de noche”. Porque ellas a veces venían de la finca, de allá, a las 7, 7:30. Y mi señora “y estas peladas no han

venido” “no’ombe no han venido, no sé qué habrá pasado”. Yo sacaba ahí mismo la bicicleta a buscarlas. Ya venían en camino o todavía las encontraba allá dando vueltas “no apá es que estamos esperando porque como esos plátanos que están ahí están bonitos, no queremos dejarlos solos” entonces yo les decía “bueno mijas, váyanse que yo me voy más luego” entonces yo me quedaba allá. Pero así estaba siempre pendiente de la parcela (Fragmento de entrevista a Jaime Martínez, octubre de 2014)

En este comentario, el señor Jaime detalló cómo las actividades en las parcelas, donde se hace importante el contacto y el cuidado con los recursos, tejen lazos que sujetan las prácticas de las personas a la construcción de beneficios en los territorios. Otro de los lazos comprende la atención permanente a las tierras, junto al seguimiento de lo que va creciendo en ellas y aquellos frutos que produce. Esto constituye diferentes maneras de atarse el territorio.

Para complementar esto, quiero ahondar en una situación mencionada por Jaime y consiste en el manejo de herramientas en el trabajo campesino. Las labores que los parceleros realizan en la tierra y están relacionadas con el manejo de herramientas, constituyen otra forma de tejer raíces en sus parcelas. Puntualmente quiero hacer referencia al uso del machete y la pala. En varios momentos en los que estuve con campesinos, noté una incomparable destreza con el machete al momento de “limpiar la tierra”. Esta labor consiste en cortar la maleza que va creciendo en medio de los surcos, para que no le quite agua, luz, abono y nutrientes a las plantas que ellos están cultivando. Se podría pensar que simplemente con pasar el machete de un lado a otro, queda lista la labor. Sin embargo, estos parceleros han adquirido gran precisión en el corte de cada lugar, con una agilidad asombrosa porque manejan esta herramienta con rapidez y sutileza, al punto que pasan el filo del machete a menos de 2 cm de distancia de cada planta, y no la rozan ni dejan maleza a más de 5 cm. Además de esto, aquellas personas dejan la tierra nivelada, sin curvas, sin lugares en los que se encuentre la maleza más alta que en otros lados.

Aquella labor con el machete les permite a los campesinos observar la tierra, detallar la humedad o sequedad que posee, al tiempo que logran ver cómo están las plantas desde el tallo o como se encuentra cada hoja de estas. También les permite establecer en cuánto pueden estar los frutos, qué le hace falta a cada una de las plantas, si hay algunas que están recibiendo más sol que otras, si hubo personas extrañas tocándolas o pasando por sus tierras.

Es así que las personas se acostumbran a convivir cotidianamente con los recursos, aprender de ellos y poner a prueba sus conocimientos.

Los campesinos han formado talentos y destrezas con las herramientas y el trabajo en la tierra, acumulando prácticas de interacción con los recursos. Lo anterior conlleva a la configuración de rutinas en las que el territorio es integrado al desarrollo de las habilidades de las personas. Allí, las plantas y la tierra conforman el eje de las experiencias que construyen talentos en los parceleros. De esta manera, la base de la construcción de las personas y del territorio radica en los lazos de arraigo en las interrelaciones, puesto que las parcelas se configuran como espacios que permiten desarrollar las destrezas de las personas y, a su vez, la tierra es construida por la manera en la que los parceleros aplican estas habilidades.

En definitiva, la consolidación de la mutua producción de beneficios entre campesinos y tierra establece fuertes vínculos de arraigo. Aquí, la forma en que las personas comparten diferentes instantes de sus vidas con los recursos en el territorio, construyen lazos que las sujetan a las parcelas. En aquellos instantes se presentan gustos hacia el trabajo en la tierra, desarrollo de habilidades personales, preocupaciones e intereses hacia las plantas, los cultivos, el agua y los suelos. Todo esto conforma el sentido de pertenencia de los campesinos hacia la Zona Bananera, en el que se acumulan valoraciones sentimentales y conocimientos campesinos.

Un segundo conjunto de narraciones campesinas que muestran sentidos de pertenencia y arraigos al territorio, corresponde a las justificaciones de los parceleros que argumentan por qué continúan viviendo en Zona Bananera. El contexto histórico-político de este municipio hace cuestionar a las personas sobre su permanencia allí, puesto que ha sido un lugar en el que se han presentado diferentes ciclos de violencia, frecuentemente han existido desplazamientos de habitantes, gran número de parceleros han perdido sus tierras y además todos los puntos de confluencia (mencionados en el primer capítulo) ocurren simultáneamente. Ligado a lo anterior, gran cantidad de zoneros tienen familiares y personas conocidas en otros lugares del país, quienes frecuentemente les preguntan ¿por qué no se van de la Zona Bananera? Ante esa pregunta, los campesinos han construido diferentes respuestas que reflejan los fuertes lazos y ataduras hacia el territorio.

En primer lugar, quiero detallar el comentario de una incorporada que sola ha tenido que trabajar su parcela, establecer los vínculos con mercados locales para vender lo que produce, y adecuar sus tierras a los diferentes eventos climáticos que secan los cultivos o los inundan. Además de eso, también pasó por situaciones complejas en el momento en el que hubo presencia paramilitar en la región, puesto que la robaron y amenazaron de muerte en múltiples ocasiones, abusaron de ella y aun así, ella sigue viviendo en uno de los campamentos que perteneció a la United Fruit Company. Todo este conjunto de situaciones y esfuerzos que ella ha construido para continuar su vida en aquel lugar ha hecho que su arraigo y sentido de pertenencia sea tan fuerte que, por más que tenga otros lugares a los que puede llegar y vivir, ella no sale de su tierra ni de su campamento. A continuación, en voz de ella la justificación de por qué continúa viviendo en la Zona Bananera:

Yo tengo mi casa en Santa Marta y yo no me amañó allá porque aquí la vida le proporciona a uno mejores cosas, principalmente esto, el agua. Si no tengo agua aquí ahí mismo está el río, está aquí. Esa es una de las cosas que a mí me agrada [...] para mí esta tierra es una cosa muy importante, yo quiero mucho esta tierra, yo me desespero cuando no estoy aquí y estoy en Santa Marta y mis hijas me dicen -usted ya no está pa' eso- y me da una rabia. Yo tengo el sentimiento de nunca deshacerme de ella mientras yo esté viva, mientras yo esté viva no quiero deshacerme de esta tierra (Fragmento de entrevista a Gabriela Tejada, julio de 2014)

El comentario de Gabriela expresa sensaciones y percepciones de lo que significa para ella el lugar en el que vive, junto a los deseos de continuar allí. En su relato, expresa la manera en la que ella está atada a su parcela mediante sentimientos, voluntades y expectativas de lo que puede seguir construyendo en el lugar. La raíz de Gabriela en el territorio también es justificada a través de la comparación del acceso a recursos en contraste a otros lugares. El manejo del agua en Zona Bananera, donde existen grandes extensiones de ríos pero las personas no poseen agua potable ni permanente en sus casas, ha hecho que la gente consolide diversos usos y prácticas alternativas en ríos y canales de riego. Aquellos usos alternos han configurado valoraciones de lo que representa este recurso, por lo que Gabriela resalta la importancia que tiene la posibilidad de acceso al agua desde su parcela. Así, la construcción espacial de los lugares recrea especificidades utilizadas por las personas para describir cómo son sus actividades diarias pero también para detallar la importancia de vivir allí.

Ligado a los relatos sobre la negación al alejamiento de las tierras, el sentido de pertenencia que han configurado los parceleros en torno al territorio y los recursos en él, también corresponde a una herencia de acciones, construcción de percepciones y prácticas

colectivas, junto a socializaciones en las tierras. Así, el significado de los recursos y las labores con ellos, también lleva en sí la importancia de aquellas personas que transmitieron esas valoraciones y representaciones de la tierra, las plantas y el agua. En Zona Bananera, como ya he comentado anteriormente, parte de los campesinos son incorados y otra parte de las personas con tierras son hijos o familiares de aquellos incorados, a quienes les fueron cedidas las tierras. Junto con las tierras, también fueron compartidas ideas, sensaciones, valores y significados que han construido lazos y vínculos hacia al territorio, por lo que representa materialmente y por las relaciones que se construyeron mediante este.

En este punto, es importante detallar el siguiente comentario del señor Germán Valencia, un parcelero que vive en Guacamayal y también tiene tierras en el campamento de La Abarca. Él expresó:

De manera que nosotros siempre hemos vivido aquí, la tierra y la casita que está ahí, yo tengo 54 años de estar viviendo aquí, siempre hemos estado toda la vida. Mis padres ya fallecieron, mis hermanos están en Ciénaga y yo soy el único que está por aquí pero esto no lo vendemos nunca. Esto pasará de generación en generación donde estamos inculcando esos valores, que esto es como es una reliquia que tenemos, no podemos vender estas tierras, ni esta casa. Y esto lo estamos inculcando ahí porque ajá nosotros no vamos a ser eternos tampoco, y por cuestión de generación, viene de generación en generación, estas tierras son para ellos, toca ir inculcándoles. Los hijos míos han venido, están pendientes, ellos son prácticamente los que van a sembrar ahora acá. (Fragmento de entrevista a Germán Valencia, octubre de 2014)

Con base a este comentario de Germán, es posible mostrar que los significados que adquiere el territorio también llevan en sí los recuerdos de generaciones pasadas que, asimismo, serán transmitidos para mantener no solo la vida de los recursos, sino el arraigo y sentido de pertenencia que se ha construido por décadas. De esta manera, las valoraciones por la tenencia de la tierra llevan en sí maneras de trabajar y conocer los recursos, junto a esfuerzos e historias vividas. Esto conforma experiencias que se evocan al mencionar la tierra o el agua, rememorando construcciones colectivas que han estado orientadas al mantenimiento de las parcelas. Así, el sentido de pertenencia se mantiene por una transmisión de percepciones, ideas y sentimientos para la continuidad de la vida en las tierras y los recursos en ellas.

Es así que los campesinos en Zona Bananera se niegan por completo a salir de sus tierras y dejar el territorio. Estas personas han construido por gran número de años su vida en las parcelas, y allí han acumulado experiencias, historias, herencias y aprendizajes.

Aunque existen gran número de situaciones que han afectado entorno y que complejizan las condiciones de vida en el lugar, los vínculos de los campesinos hacia cada parcela son tan fuertes, que construyen en los parceleros diferentes argumentos por los cuales no se van de cada una de las partes en las que habitan cotidianamente.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, último apartado consiste en cómo los lazos y ataduras que los campesinos construyen en el territorio, representan el conocimiento campesino y las valoraciones hacia las tierras. Aquí, el conocimiento campesino es configurado por medio de la expresión de imágenes de las tierras, las casas y las actividades allí, en las que los campesinos detallan las raíces que construyen en el territorio. Además, el valor está conformado por medio de la acumulación de historias y experiencias que ejemplifican la constitución del sentido de pertenencia de los parceleros hacia los recursos en la Zona Bananera. Basados en esto, los campesinos argumentan justificaciones que responden a por qué no abandonan sus parcelas ni el municipio.

En conclusión, en este segundo capítulo analicé cómo el trabajo en la tierra representa los múltiples saberes campesinos sobre el manejo de recursos naturales y económicos, lo cual construye las valoraciones campesinas hacia el territorio. Para ello, consideré el conocimiento de los parceleros como una red de saberes y conceptos sobre cómo usar la tierra y sus recursos. Esto es plasmado y transmitido por medio de las labores que cotidianamente los parceleros realizan en el territorio. También, abordé las diferentes valoraciones conformadas por medio del conocimiento campesino y el trabajo en la tierra, tales como la acumulación de diferentes prácticas de producción, de experiencias, herencias, historias, relatos, recuerdos, deseos y relaciones sociales. Todo esto se imprime en cada una de las parcelas, construyendo la importancia de estas y del trabajo allí.

Para desglosar y nutrir este argumento general, dividí el capítulo en 4 apartados relacionados con: [1] las labores iniciales en la tierra, en las que los parceleros configuran prácticas que construyen experiencias. También constituyen la acumulación de recuerdos y vivencias de las personas en la Zona Bananera; [2] prácticas de cuidado, las cuales contemplan el mantenimiento de la vida en el territorio. Estas configuran creencias que construyen normas y acuerdos en el manejo de recursos; [3] relaciones de reciprocidad entre personas y tierra, por medio de los regalos de las producciones. El sentido de aquellos regalos

consiste en generar beneficios a la tierra y a la gente por medio del trabajo campesino; y [4] los sentidos de pertenencia y arraigos que los parceleros han construido hacia sus tierras, lo que conforma las razones y justificaciones de por qué continúan viviendo en la Zona Bananera, a pesar de las innumerables intervenciones sobre su trabajo y conocimiento, las limitaciones en el acceso a recursos y el contexto de violencia y despojo por el que ha pasado la población

CONCLUSIONES

El tejido de conocimientos campesinos sobre uso y manejo de la tierra consiste en un conjunto de saberes, aprendizajes, prácticas, experiencias, historias y relaciones territoriales, que los parceleros han ido hilando a medida que trabajan y conviven con los recursos naturales y económicos. De esta manera, el conocimiento campesino es un mecanismo que orienta las prácticas y las decisiones de los parceleros sobre los recursos naturales y económicos. Por medio de aprendizajes, experiencias, recuerdos, posturas y percepciones, los campesinos escogen cómo manejar la tierra, el agua, cada cultivo, los químicos, las herramientas y el dinero. Por esta razón, actores estatales y empresariales intervienen y confrontan los conocimientos campesinos sobre el uso de recursos, con el objetivo de acceder al territorio. Las intervenciones de esos actores han sido realizadas mediante la enseñanza de saberes empresariales, vigilancias, regulaciones y exigencias sobre el manejo de cada parcela, junto a la ejecución de proyectos políticos. Ellos saben que, al incidir y direccionar el conocimiento campesino, pueden controlar el territorio y beneficiarse del trabajo en la tierra. Sin embargo, a partir de dicho tejido de saberes, los campesinos también establecen negociaciones, disputas y resistencias en sus parcelas. Es así que la construcción de la red de conocimiento campesino refleja las relaciones de poder, representadas en el trabajo en la tierra y el manejo de recursos naturales y económicos.

Analizar el conocimiento campesino en Zona Bananera como una red de saberes, me permitió mostrar que el territorio no solamente ha sido controlado y disputado en aquellas confrontaciones como lo fue la masacre de las bananeras o en las situaciones de desplazamiento forzado que causaron grupos armados. En este municipio se han presentado múltiples maneras en que terratenientes, empresas e instituciones estatales han buscado manejar y beneficiarse de los recursos en este lugar, una de estas ha sido las intervenciones en el conocimiento de los campesinos que tienen y usan la tierra. Este también ha sido un espacio de negociaciones, tensiones, reclamos y disputas. En él, los parceleros han acumulado experiencias, aprendizajes e historias de diferentes momentos que han vivido en la Zona Bananera, que les han permitido orientar las intervenciones en su conocimiento y evitar que ellos sean un objeto-sujeto de control por parte de los actores mencionados.

En el primer capítulo desarrollé y argumenté que instituciones estatales, empresas extractoras de aceite y bananeras, entidades bancarias y campesinos han realizado múltiples prácticas de control en el territorio. Estas han chocado, han sido negociadas, impuestas y disputadas. Sin embargo, aquellas prácticas no han sido permanentes ni estáticas, sino que han confluído en momentos específicos donde estos actores han relacionado sus saberes y manejos en los recursos naturales y económicos. Para analizar estos momentos creé una categoría analítica que llamé puntos de confluencia, la cual definí como momentos cotidianos y específicos en los que se presentan conjuntos de relaciones de fuerza que configuran negociaciones, luchas y enfrentamientos entre instituciones estatales, empresas, bancos y campesinos. En estos eventos, los actores mencionados confrontan prácticas de control en el territorio, para direccionar y orientar el uso y manejo de recursos.

A lo largo de esa primera parte, desarrollé 5 puntos de confluencia relacionados con: [1] reclamos campesinos a las instituciones estatales contruidos con base a los recuerdos sobre la asignación de tierras que realizó el INCORA en la región; [2] otro conjunto de reclamos y tensiones orientadas a las entidades bancarias, en que los parceleros evocan la relación que tuvieron con funcionarios de la Caja Agraria; [3] momentos en que entidades educativas como el SENA han instruido saberes en los campesinos, relacionados con el uso y manejo de la tierra; [4] relaciones entre empresas y campesinos, donde se han presentado regulaciones frente a las producciones campesinas y las infraestructuras en las tierras. Allí los campesinos han negociado y creado alternativas de uso y manejo de la tierra; [5] por último, abordé proyectos políticos destinados al campesinado, los cuales han llegado a Zona Bananera ofreciendo formas de producción, junto al uso de semillas y plantas modificadas genéticamente. En este punto, los campesinos han configurado múltiples posturas críticas y maneras de apropiación de sus tierras para negociar y resistir a esas intervenciones. Tomar en consideración cada uno de estos puntos de confluencia, me permitió mostrar diferentes caras y formas de construcción del conocimiento campesino. También indagué en la manera en que diferentes controles en el uso de los recursos en Zona Bananera, han chocado, disputado y negociado sobre este conocimiento.

En relación al segundo capítulo, allí argumenté como toda esta red de conocimientos campesinos toma forma y está representada en el trabajo en la tierra. Las labores que realizan

cotidianamente los campesinos, tales como cambiar la tierra, sembrar, cuidar los cultivos, deshojar y limpiar las plantas, tomar las producciones y repartirlas en la población, les permite a los campesinos plasmar las enseñanzas, saberes e instrucciones que han recibido. Todas estas relaciones que las personas construyen y reconstruyen día a día con el territorio han conformado las valoraciones hacia este, asociadas con recuerdos, historias, experiencias, anécdotas, prácticas de cuidado, importancias y significados de los recursos en sus vidas, sentidos de pertenencia y arraigos a la Zona Bananera. De esta manera, el conocimiento campesino, a través del trabajo en la tierra, es reflejado en las valoraciones hacia el territorio.

Lo anterior me permitió mostrar los estrechos vínculos que tienen los parceleros con el territorio, donde son creados beneficios en diferentes niveles. Uno de estos corresponde a que el trabajo en la tierra está pensado para retribuirle a la tierra los alimentos y la posibilidad de la vida campesina allí. Así los campesinos esperan que su trabajo cuide los recursos y evite que se deterioren. Por otro lado, para estas personas no hay mayor beneficio que estar trabajando la tierra día a día, y ver cómo crecen las semillas, las plantas y sus frutos. También estas personas se benefician cuando pueden sentir que sus parcelas están bonitas, están produciendo, las plantas no se han muerto y reflejan sus labores diarias. Además, también manifiestan grandes satisfacciones cuando pueden beneficiar a sus familiares y amigos con los alimentos que cultivan. Así, campesinos y territorio se han co-construido.

Con base a todo lo anterior, quedaron varias preguntas abiertas, que me gustaría desarrollar más adelante. Por un lado, me gustaría relacionar el conocimiento campesino con otras categorías de análisis, como por ejemplo ¿Cómo se puede entender el despojo de acceso a recursos por medio de la construcción del conocimiento campesino? ¿De qué manera el género puede ser una variable relacionada con la manera en la que los campesinos tejen y plasman saberes sobre los recursos? ¿Cómo los campesinos construyen paisajes que ilustran sus experiencias de vida a partir de su red de conocimiento sobre el manejo de la tierra?

Por otro lado, metodológicamente me parece interesante abordar la construcción de conocimiento campesino desde otro punto de vista, desde las entidades que han intervenido en él y allí me gustaría cuestionar ¿Cómo es concebido aquel conocimiento? ¿Por qué este ha sido objeto-sujeto de intervención? ¿Cómo se contrastan los discursos entre las entidades

y los campesinos? ¿Cómo estas perciben el acceso a recursos que están realizando por medio de las enseñanzas, instrucciones y regulaciones que realizan en lugares como Zona Bananera?

En relación al trabajo de campo, me gustaría profundizar sobre las socializaciones y los acuerdos colectivos entre campesinos que tejen su conocimiento y se enfrentan a las intervenciones que han recibido. En esto me parece pertinente rastrear las organizaciones campesinas (que no son muy evidentes en Zona Bananera) y detallar las apropiaciones territoriales que han realizado, junto a las resistencias y negociaciones que han realizado. También me parece fundamental ahondar en la relación entre género y tenencia de la tierra, especialmente en los procesos de asignación de tierra y las relaciones con funcionarios del Estado. Adicionalmente, sería interesante abordar los problemas de propiedad, títulos y tenencia de la tierra en Zona Bananera.

Para finalizar me parece fundamental mostrar que académicamente es posible poner en un mismo nivel diferentes conocimientos, dejando de lado las jerarquizaciones y validaciones que colocan en un nivel superior aquellas teorías y estudios realizados por académicos. Aunque estos aprendizajes teóricos y conceptuales son importantes en el proceso de formación antropológica, por los diferentes contextos e interpretaciones que abordan, considero que los conocimientos locales también tienen grandes conceptos e ideas que aportan a la construcción de cada estudiante, egresado/a, docente o persona interesada en cualquier estudio. En este sentido, la academia no debería ser un espacio que valida saberes, experiencias y formas de hacer antropología, sino que debería ser un puente de comunicación entre diferentes contextos, y allí es permitente que los académicos analicemos y entendamos de manera horizontal cada uno de los conocimientos con los que nos relacionamos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bell, Duran. «Modes of Exchange: Gift and Commodity.» *The Journal of Socio-Economics*, Vol 20, 1991: 155 - 167.
- Carrasco, Cristina. «La Paradoja del Cuidado.» *Revista de Economía Crítica*, num 5, 2006: 39 - 64.
- De Sousa Santos, Boaventura. *Descolonizar el saber, reinventar el poder* . Montevideo: Ediciones Trilce, 2010.
- FEDERRIEGO. *F.D.R Federación Nacional de Distritos de Adecuación de Tierras*. 2013. http://federriego.org/index.php?option=com_content&view=article&id=55&Itemid=61.
- Ferguson, James, y Akhil Gupta. «Spatializing states: toward and ethnography of neoliberal governmentality.» *American Ethnologist* 29 (4), 2002: 981 - 1002.
- Foucault, Michel. «La "gubernamentalidad".» En *Estética, Ética y Hermenéutica*, de Michel Foucault, 175 - 198. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A, 1999.
- Graeber, David. *En Deuda. Una historia alternativa de la economía*. Barcelona: Editorial Planeta, 2012.
- . *Toward an Anthropological Theory of Value. The False coin of Owr Own Dreams*. New York: Palgrave, 2001.
- Gramsci, Antonio. *Antología*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1977.
- Hall, Stuart. «Popular Culture and the State.» En *The Anthropology og the State*, de Aradhana Sharma y Akhil Gupta, 360 - 380. Pondicherry, India: SPI Publisher Services, 2006.
- . *Sin Garantías. Trayectorias y Problemáticas en Estudios Culturales*. Popayán: Envién Editores, 2010.
- Herrero, Yayo. «Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas.» *Revista Economía Crítica*, n°13, 2011: 30 - 54.
- ICA. *Funciones del ICA* . 18 de diciembre de 2008. <http://www.ica.gov.co/El-ICA/Funciones.aspx>.
- INCODER. *Balance de la gestión para el ordenamiento social y productivo del territorio: Incoder 1960-2012*. Bogotá: Escuela Galán para el Desarrollo de la Democracia, 2013.
- Lehmann, David. «Proletarización campesina: de las teorías del ayer a las prácticas de mañana.» *Nueva Antropología*, Vol IV, 1980: 65 - 86.

- MINAGRICULTURA. *Proyecto Apoyo a Alianzas Productivas PAAP*. 16 de octubre de 2012. <https://www.minagricultura.gov.co/tramites-servicios/desarrollo-rural/Paginas/v1/Proyecto-apoyo-a-alianzas-productivas-PAAP.aspx> (último acceso: septiembre de 2015).
- Osborne, Tracey. «Carbon Forestry and Agrarian Change: access and land control in a Mexican rainforest.» En *New Frontiers of Land Control*, de Nancy & Lund, Christian Lee Peluso, 193-217. ROUTLEDGE, 2012.
- Quezada Ortega, Margarita. «Migración, Arraigo y Apropiación del Espacio en la Recomposición de Identidades Socioterritoriales.» *Cultura y Representaciones Sociales*, Vol 2 No 3, 2015: 35 - 64.
- Rangan, Haripriya. «Property vs Control: The State and Forest Management in The Indian Himalaya.» *Institute of Social Studies*, Vol 28, 1997: 71 - 94.
- Ribot, Jesse. «Theorizing Access: Forest Profits along Senegal's Charcoal Commodity Chain.» *Institute os Social Studies*, 1998: 307-341.
- Ribot, Jesse, y Peluso, Nancy. «A Theory of Access.» *Rural Sociology*, 2003: 153 - 181.
- Scott, James. *Los Dominados y el Arte de la Resistencia*. México D.F: Ediciones Era, 2000.
- SENA. *Historia, misión, visión, valores y símbolos*. 11 de enero de 2016. <http://www.sena.edu.co/acerca-del-sena/quienes-somos/Paginas/Historia-Vision-Mision-Valores-y-Simbolos.aspx>.
- Thompson, Edward P. *Tradición, Revuelta y Consciencia de Clase*. Barcelona: Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1979.